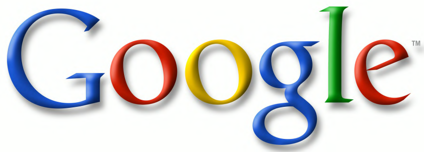
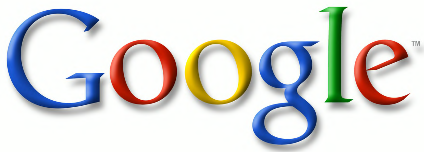
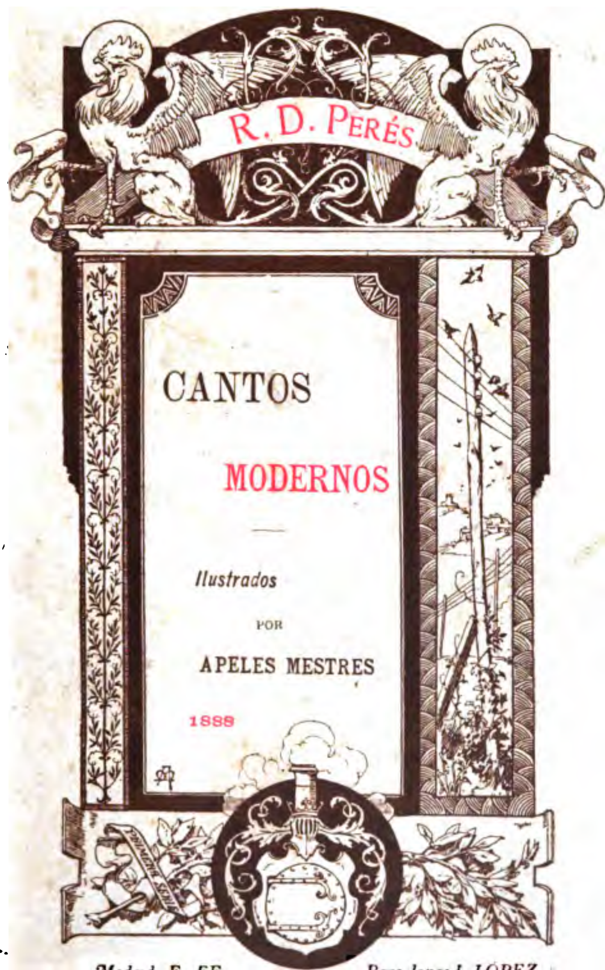



Google

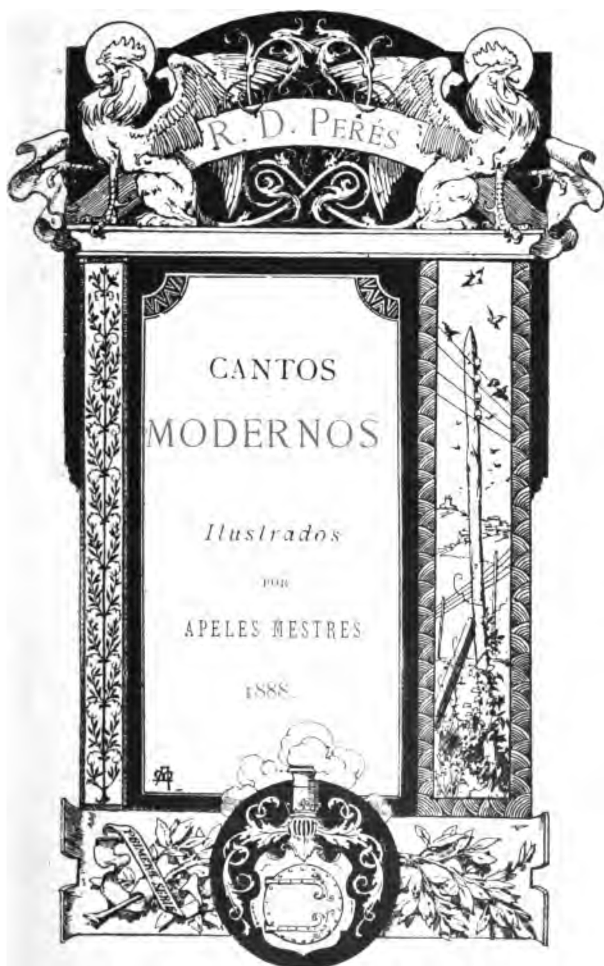


Madrid: F. FE
Carrera San Jerónimo, 2

Barcelona: I. LOPEZ
Rambla del Centro, 20

CANTOS MODERNOS.

CANTOS MODERNOS.


R. D. PERÉS
CANTOS
MODERNOS
Ilustrados
POR
APELES MESTRES
1888.
PRIMERA SERIE

Barcelona.—Imprenta de JAIME JEPÚS, calle del Notariado, n.º 9.

Á

D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO

EL GRAN LITERATO

EL POETA ORIGINAL Y SOBRIO.

Como aquellos herejes cuya historia
con sabia mano recogiste un día,
demandando perdón por su herejía
á los pies del Pontífice llegaban,

tu voto prefiriendo á falsa gloria,
á tu dulce amistad mi libro viene:
sabe, su culpa, que en tu ciencia tiene
seguro aquél perdón que ellos lograban.

Ramón D. Perés.

CONFITEOR PRELIMINAR.

....«Á nosotros los antiguos debe perdonársenos el error porque no hallamos trazados los caminos; pero á los que han venido posteriormente al mundo hay que pedirles más: no deben divagar y equivocarse de nuevo, sino oir el consejo de los viejos y lanzarse en seguida por el buen sendero.»

GŒTHE.—*Conversaciones con Eckerman.*

«Herejías..... literarias. presiento que voy á decir muchas. No importa. Yo no pretendo enseñar á nadie, ni erigirme en autoridad, ni hacer que mi libro se declare de texto.»

GUSTAVO BECQUER.—*Cartas literarias á una mujer.*

El autor de este libro es un joven que no es más sabio ni más ignorante, más independiente de espíritu ni menos que la generalidad de los jóvenes, pero tiene un defecto incorregible: el de no votar en ciertos casos con la mayoría, cosa grave y trascendente si bien se considera. Por ello y para evitar disgustos posteriores al respetable ejército de los des-

provistos de opinión propia, se hace constar aquí previsora y caritativamente.

Conviene, sin duda, á la naturaleza del presente volumen que preceda al verdadero cuerpo del mismo algo como un prólogo extenso ó estudio preliminar, y, puesto que al autor se le antoja que ha de tener la forma de franca y humildísima confesión en que exponga ciertas y determinadas ideas tocadas de punta de heterodoxia artística y no ajenas al fondo de la obra, así lo hará, sin gran prisa por concluir pronto y con perdón del que haya comprado el libro únicamente para leer versos.

El deseo más ferviente del autor es que de este y otros pecados literarios se le absuelva sin grandes dificultades ni escrúpulos de conciencia, pero para obrar en conformidad con la lógica óigasele antes como Dios manda... y no estará de más que se le oiga cómoda y sacerdotalmente arrellanado, si la cosa es posible sin grave dispendio.

Ante todo, cree en la inmortalidad de la poesía. Mala confesión para estos tiempos.

No cree en la inmortalidad de algunas de sus formas. Caso difícil porque supone la necesidad de que nazcan otras.

Parécele que la tradición patria debe influir

menos en el fondo y en lo externo de las obras poéticas que los adelantos universales del arte hechos hasta la época en que la obra sea producida. Herejía palmaria para la cual están pidiendo coroza y hoguera los que no leen más libros que los españoles.

Opina que no conviene á nuestra poesía el empeñarse en ser una excepción dentro de las corrientes modernas recientes; que lo que de indistinto modo ha podido practicarse en muy diversas naciones de Europa, lo que cuenta con grandes semejanzas en las asiáticas de varias épocas y aun podría decirse generalizando que no sólo es moderno sinó también antiguo, no hay gran razón para que deje de ser español en la época presente. Esto es tan herejía como lo otro, pero como anda más necesitado de comentario será bueno reservar todo juicio para más adelante.

Entre tanto comencemos á entrar en materia.

Es indudable que vivimos en unos tiempos positivos hasta el exceso. En ellos no es raro que la poesía llegue á considerarse generalmente como sueño juvenil que debió pasar con el verdor de los años. Así suelen juzgar al amor algunas viejas sin que su juicio quiera decir precisamente que el amor sea un sueño

tan pueril como ellas creen. Lo propio pasa con la poesía. Por más que sobre su muerte se discuta, siempre será como el aroma eterno que se desprende de la tierra lanzada al espacio á modo de inmensa flor. Mientras haya corazones humanos en el mundo, no puede faltar uno siquiera que recoja ese aroma.

Bien considerado, acaso á la errónea creencia en la próxima desaparición de la poesía contribuya no poco entre nosotros lo anacrónico de ciertas formas que aun hoy se emplean. Tal vez algunos confunden en sus anatemas contra todo lo que no sea prosa, la esencia con el accidente, la poesía en sí con ciertos y anticuados modos de poesía. Si así fuera, el autor del presente libro sería el primero en votar con ellos la condena que decretan.

¿A qué negarlo? En arte, á la manera de lo que pasa en el mundo, y aún más que en él, todo lo convencional es odioso y destinado á la muerte.



No suele decirse ni aun pensarse, pero es indudable que hay, que se ha ido formando á través de los siglos, una poesía falsa, de puro

convencionalismo, la cual ha usurpado su nombre á la verdadera sin originar más que muy raras protestas, por lo común bien distantes unas de otras. Pues bien: esa es la poesía que agoniza en nuestra época, reclinada la envejecida frente en otras épocas anteriores, pero relativamente próximas. No es de sentir que muera. Sobre sus cenizas ha de nacer otra poesía joven, nueva, llena de vida y desnuda como pintan á la verdad; una poesía veraz, sincera, como hija de tiempos sedientos de sinceridad y ansiosos de hallar lo verdadero; sobria, tanto por reacción natural contra precedentes ampulosidades, como por consecuencia de esa vida febril, atareada y positiva en que van engolfándose cada día más los pueblos europeos; breve, concisa, fuertemente coloreada, como picante condimento necesario á paladares refinados. A la verdad que tal clase de obras no puede decirse en rigor que estén aún por nacer. Nombres tienen las literaturas extranjeras que están reclamando un lugar en la lista de cultivadores de ese género sincero, breve y de gran efecto dentro de su brevedad consciente y buscada. ¿Tiene, á semejanza de ellas, otros nombres la literatura castellana actual?

Por desgracia, bien podría asegurarse que no, sin temor de incurrir en falsedad. ¿Por qué? Porque nuestra lírica suele ser una especie de oratoria en verso y este carácter no se aviene fácilmente con las cualidades antedichas.

El mal viene ya de antiguo. Otros pueblos nos ganarán de seguro en fuerza de concepción lírica, mas en cuanto á entonación oratoria tenemos siempre derecho á un lugar privilegiado. Podremos carecer de un Byron, pero en cada versificador nuestro late un orador que en vez de hablar escribe. Que es lo que hace con admirable fluidez todo español mayor de edad y perfectamente constituído: pronunciar discursos en su cabeza ó ante unas cuartillas cuando no se atreve á pronunciarlos en público. Voy á sentar (y abandonemos ya la modesta forma de la tercera persona para adoptar el satánico *yo*), voy á sentar un profundo principio que acaso burla burlando sea una gran verdad: tal vez es ley de las razas meridionales que la inspiración tome en ellas naturalmente la forma de exhuberante verbosidad sólo á fuerza de trabajo sometida á sus justos límites. Pues bien, por falta de trabajo ó sobra de verbosidad, creo yo que es por

lo único que no ha entrado aún del todo nuestra poesía en las corrientes lacónicas y veraces de otras que por temperamento discursean ménos ó por teoría guardan la oratoria para el caso oportuno. Entre tanto la falsa poesía sigue triunfando más entre nosotros de lo que triunfa en otras partes, donde la han destronado ya y puesto en olvido, para no hablar de ella más que en los manuales de literatura.



La poesía tiene, como los hechos humanos materiales, una historia escrita y otra que no se escribe, pero que siempre puede adivinar quien la observe con cariño y desde una altura en que, perdiendo de vista los pormenores, pueda, sin embargo, distinguir mejor que nunca el conjunto. Es esta una historia cuyo estudio habría de resultar necesariamente curioso como se hiciera con criterio más original que preocupado de tradicionales respetos, inútiles ó contraproducentes en este caso.

Hubo un tiempo en que la poesía no era más que la espresión espontánea y personal de la imaginación ó de la sensibilidad del poeta. No se había inventado aún el sistema

de suplir la falta de asunto, la carencia de impresiones vivas de la realidad exterior ó del mundo de la idea, por medio del estudio retórico y de asimilación de los clásicos. El poeta académico que se perece por asemejarse á algún autor añejo, en la forma ya que no en el genio, era un producto no descubierto aún por falta de primeras materias. Entonces la poesía era toda naturaleza; después ha andado vagando por los senderos del artificio algunos de los cuales han conducido en realidad al perfeccionamiento de los tanteos primitivos, mientras que otros no han hecho más que cifrar todo progreso en convencionalismos malamente considerados como muy estéticos. Merced á estos últimos han ido formándose géneros que son verdaderas desviaciones de lo natural: la oda, tal como hoy se entiende esa palabra, es decir una especie de aria pretenciosa y artificial que deja sin voz y fatigado como larga carrera de andarín; el soneto, *tour de force* en que laten un fondo bueno, la hábil gradación del pensamiento, y un fondo malo, la exigencia material del número y disposición de los versos, riguroso canon sin consecuencia ni razón de ser. Así nació también la *flébil* elegía de muy cercanos tiempos, lacri-

matorio siempre á mano cuando convino guardar en él el llanto verdadero ó fingido de los poetas y siempre arrinconado cuando en sus labios retozaba la sonrisa. Así la bucólica idealista tan diferente de la naturalista bucólica de los antiguos, la cual, á pesar de todo, flaqueaba por su base; de este modo, en fin,—y pasando ya á otra esfera—tanta y tanta aberración de forma, más bien digna de olvido que de mención, y de las cuales fué código supremo en España, durante el siglo pasado, la Poética de Rengifo, Biblia de copleros y tumba de toda inspiración y común sentido. Esta era la última mala obra y quizá la mayor, que á la poesía verdadera hacían los preceptistas tan fatales para ella muchas veces.

Pero nótese: ni la oda, ni la elegía, ni la poesía bucólica, ni tantos géneros exclusivistas y estrechos, nacieron, por un solo y espontáneo impulso del arte, tal como en sus últimas evoluciones han llegado á ser.

Fijémonos especialmente y en primer lugar en la oda, que es de todos esos géneros el que más parece resistirse á la muerte y acaso en España pase entre algunos por de todo punto inmortal.



Decír *oda* es como decir *canto*. (1) He aquí la única explicación etimológica de la palabra. No arranca, pues, de su naturaleza el que la forma y la extensión de ella hayan de ser las mismas que en nuestros tiempos se han usado. La oda anacreóntica y la horaciana, por ejemplo, son breves y de todo en todo diferentes de las odas de Herrera ó de Quintana. Safo se aparta de Píndaro mirándole de soslayo al encontrarse con él en el Parnaso griego, y Píndaro es el padre de esa moderna oda heroica, muy impropia ya que no se acompaña con la lira ni tiene verdaderos héroes que celebrar. No soy partidario de ella. Creo que debe admirarse á Píndaro hablando en griego y colocado sobre el pedestal de su época, pero no querer hacerle hablar español ni otra lengua viva, nacer á fines del siglo XIX y entonar sus cantos grandilocuentes ante un público

(1) Los griegos llamaron *odas* á sus composiciones poéticas como los modernos les llamamos *cantos*, porque esto es únicamente lo que significa el vocablo ᾠδή. Todos los distingos que luego se han hecho, no son más que artificios retóricos forjados *á posteriori.*

que apenas si escucha sin cansarse de treinta á cuarenta versos. Por otra parte, *el príncipe de los poetas líricos de Grecia*, como le llaman, es, según se ha hecho ya observar, más épico que lírico. Píndaro no debe ser, pues, el maestro *directo* de los poetas modernos. Gustos harto distintos separan á su público del nuestro. Pero Anacreonte y Meleagro, autor presunto de una parte de la colección anacreóntica, Safo, los elegíacos latinos y Horacio, he aquí los que pudiéramos llamar *los más modernos de los líricos antiguos*; he aquí los modelos; y aunque los elegíacos no puedan llamarse odistas en la acepción común de la palabra, sabido es lo poco que significaba en la antigüedad el nombre de *elegía* y la amplitud de asuntos y de formas que en ella podían hallar cabida.

Á tales poetas cuenta por legítimos é ilustres ascendientes esa poesía moderna, última evolución de la lírica, y si se quiere de la oda, es decir del canto; evolución que parece, á algunos pseudo-clásicos, ignorante, caprichosa y sin consecuencia, engendro al fin y al cabo de unos tiempos en que las Musas agonizan. No, no es invención de nosotros, hijos de este siglo prosaico, el no aumentar nuestra esta-

tura natural con majestuosos coturnos como en la tragedia antigua, cada vez que hay que engarzar una perla poética en el oro exquisito del verso. ¿Qué han hecho los líricos asiáticos y los mismos griegos y latinos en innumerables casos más que mostrarse desprovistos de coturno alguno, siempre contrario á la verdad? Tal poeta europeo de los de última hora está más cerca de lo que se cree de los poetas persas, de los árabes, de los chinos, ó de Catulo, Tibulo y Propercio. Y, sin embargo, no faltan quienes tengan en mucho á todos estos y no comprendan que aquél es su legítimo descendiente.—El entendimiento humano es á veces un modelo de consecuencia.



Concretando más la cuestión: la oda, tal como la entendemos en España, bien puede decirse que tiene, en nuestros tiempos, mucho de aberración impropia de poetas doctos en materias literarias y no reñidos con el adelanto. Cruda parecerá la afirmación, pero es exacta. No es esa la poesía que conviene á nuestro siglo. Un escritor distinguido cuyo nombre en-

cabeza este libro y cuyo puro clasicismo no pondrá nadie en duda, el Sr. Menéndez Pelayo, ha dicho en alguna parte que todos los que ahora escribimos versos somos más ó menos románticos. ¿Quién no entiende el sentido de la frase, la cual ojalá que, hablando de escritores españoles, pudiera formularse tan en absoluto como yo quisiera? Somos más ó menos románticos, es decir, no nos sometemos á los estrechos cánones de otras épocas no muy lejanas de nosotros. Porque este es el fenómeno singular que ofrece la lírica: los códigos más intransigentes son los más próximos á nosotros; los más tolerantes son los más antiguos; los más amplios y libres, y esencialmente trasformados, son los nuestros, los últimos, y en mayor grado los extranjeros que los españoles. Grecia y Roma no hicieron de la oda el indispensable frac de la poesía seria é importante tan en absoluto como naciones modernas lo hicieron en los siglos XVI, XVII, y XVIII; los epigramas, yambos, épodos, canciones, elegías, tantas y tantas formas, clasificadas la mayor parte, inclasificadas la menor como en la mayoría de las composiciones de Catulo, formaban una especie de poesía que podría casi llamarse romántica (en el buen

sentido de la palábra) y que permitía al poeta expresar su pensamiento mucho más espontánea y libremente que en tiempos posteriores. El yugo, pudiendo escoger entre tanta diversidad de ellos, era ya tan débil, que dejaba casi de ser yugo.

Este era el verdadero clasicismo, natural y veraz, no el falso, que, al par que presentaba en la escena griegos y romanos que no lo eran, se fingía en la lírica presa siempre de sentimientos que no experimentaba, á fin de poder adoptar la forma acostumbrada; no la que correspondía á la naturaleza de la idea ó del sentimiento.

Poco á poco este último, el falso clasicismo, fué llevando á la poesía al punto de que aquellas miniaturas en que los clásicos verdaderos escribieron pensamientos inmortales, no servían ya más que para versos de abanico, insustanciales galanterías, ó, en una palabra, para juguetes insignificantes. La poesía estaba toda en la entonación y en las dimensiones. El yugo era entonces tan duro que ahogaba, y el arte tal que era lo contrario de la naturaleza.

Pero aparece una lumbrera, como todas precedida de algunos destellos vagos, indecisos

y que hoy quedan sofocados por la inmensa luz de aquélla; aparece un hombre al cual generalmente no se conoce tanto como lírico como por ser autor de una novela y de un poema: *Werther* y *Fausto;* aparece Gœthe—á quien ya un gran conocedor suyo, el Sr. González Serrano, ha llamado en España padre de la lírica moderna—y el arte busca en él la perdida senda de la verdad y la verdadera esencia de la poesía.

«Gœthe, ha dicho Ernesto Lichtenberger, representa algo parecido á lo que Andrés Chénier en Francia, Cowper y Burns en Inglaterra. Ha sustituído la ingeniosidad por el sentimiento; ha desterrado la retórica y las amplificaciones triviales trocando el lenguaje del convencionalismo por el de la naturaleza. Las imágenes vivas y concretas han relegado en él al olvido la incolora y glacial alegoría. Pero Burns, Cowper y Chénier no han ejercido inmediata influencia más que sobre uno ó dos géneros poéticos, el primero sobre la canción, el segundo sobre la poesía descriptiva y la balada; el tercero sobre el idilio y la sátira; Gœthe, por el contrario, ha renovado la poesía lírica de Alemania en todas sus partes, ha sido en realidad, según la expresión de Montaigne,

el maestro de capilla de los poetas del siglo XIX.»



Gœthe es un clásico en toda la extensión del vocablo; nadie como él puede decir que se ha sentado á la mesa de los dioses. Pero, al propio tiempo, el sublime autor de Fausto, el gran pagano, es en la historia de la poesía moderna, y especialmente por lo que toca á la forma, una suerte de romántico que enarbola la bandera de libertad, llena la mente de ideas nuevas, propias, arrancadas del seno de su vida, y avezado el paladar al vino añejo de la poesía antigua.

Es un realista que dice: dejad á la emoción que ella misma se escoja el lenguaje que mejor le convenga para expresarse.

Es un moderno que vive con el rostro amorosamente inclinado á lo antiguo, pero sin olvidarse de la tierra que pisa ni del aire que respira, ó, como ha dicho más hermosamente Heine, *un mármol antiguo animado de pulsaciones modernas.*

Es, en fin, uno de aquellos espíritus sabia-

mente libres y originales, que hacen cambiar de rumbo á una época.

Si presta alguna vez tributo á costumbres mal avenidas con la verdad ó con el arte, es por error ó indecisión juveniles; si no modifica más radicalmente, es porque en la esfera de lo intelectual, el primer paso dado por una senda nueva siempre recuerda algo los últimos dados por la senda antigua, y porque, como dice él mismo en las palabras que quedan aquí citadas como epígrafe: «—debe perdonarse á los antiguos el error, porque al venir al mundo no hallaron trazados los caminos.»

De romántico califica á Gœthe una de mis frases anteriores, y esto, y el haber usado ya varias veces la misma palabra, hace precisa una corta explicación, algo digresiva, acerca de lo que con ella he querido expresar. La escuela alemana de los Schlegel y la francesa cuya figura más alta ha sido Víctor Hugo, han dado al vocablo *romántico* sentidos que pueden ser causa de duda cuando lo usamos nosotros sus sucesores. Para los Schlegel, *romántico* viene á ser sinónimo de *alemán de la edad media*; para los franceses de 1830, *romántico* vale tanto como *libertad de imaginar*

discreta ó indiscretamente. Para la mayoría de los críticos de hoy, decir *romántico* es tanto como decir *libre, no sujeto á reglas, revolucionario en arte,* ó lo que es lo mismo, que aquella palabra es como la divisa de una protesta artística cualquiera.

Por ello, visto á la distancia á que le vemos nosotros, resulta Gœthe una especie de romántico que va á buscar su libertad en el clasicismo verdadero, de primera mano, tan amplio siempre y tan variado, ó tan estrecho y mezquino como sea el espíritu del que lo estudie. Acaso por este aspecto singular de Gœthe fueron engañados los Schlegel al creer, como por un momento creyeron, que aquél era el nuevo dios de la secta naciente, el poeta, el gran poeta que iba á poner en práctica sus teorías. Pero Gœthe era el dios de la religión gœthiana, no el de ninguna otra. Un solo artículo suyo anonadó á los Schlegel y á su escuela. Y el gran poeta representó entonces el papel de una Reforma que matara á otra Reforma.

La poesía moderna tendió desde aquel día sus alas, inhábiles aún, pero hermosísimas, como una crisálida desarrollada ocultamente á la sombra misma del viejo clasicismo.



Pasó Gœthe y vino Heine. No había muerto aún el primero, que ya el segundo era célebre. La Naturaleza juntó caprichosamente dos genios de la lírica en igual época y en el mismo país, como para que el uno fuera complemento del otro. Y, en efecto, en Heine se completa la obra del nacimiento de la poesía moderna.

Nada en él de sujeción á absurdos patrones cortados de antemano. Su poesía habla el lenguaje de aquel arte que brota del corazón y de la mente del poeta, no de los libros de retórica. Gœthe, con todo su genio, no acababa de llegar á las últimas consecuencias. Heine se encargó de ello. Por eso él mismo se ha llamado en uno de sus libros el primer lírico *moderno* de Alemania (1). Al escribir esta frase

(1) «L' ancienne école lyrique allemande a pris fin avec moi, tandis que j' inaugurai en même temps que la nouvelle école, la poésie lyrique moderne de l' Allemagne. Cette double mission de destructeur et d' iniciateur m' est attribuée par les historiens de notre littérature. Il ne me sied pas de parler la-dessus avec développement, mais je puis du moins dire á bon droit que j' ai joué un rôle important dans l' histoire du romantisme allemand.....

(Heine. *De l' Allemagne, dixième partie.)*

nuestro padre Heine ¿no debió asociar algo á su gloria, allá para sus adentros, á nuestro abuelo el reformista Gœthe? Era preciso que éste escribiera odas discretas, espontáneas y libres de tiesuras postizas, durante la primera mitad de su vida, para que en aquél pudiera luego hallar la oda su Waterloo más fácilmente que sin transición tan hermosa y digna de elogio. De no ser así, el paso hubiera sido, sin duda, demasiado grande para que pudiera darlo un solo hombre.

Júzgase generalmente á Heine como á un humorista de primera fuerza, pero nada más que como á un humorista. Por lo común esta es únicamente la impresión que deja el gran poeta alemán á la primera y superficial lectura. Los que creen, como hemos creido todos alguna vez en la vida, ser imitadores de Heine por terminar alguna miniatura poética insignificante con un rasgo de gusto más ó ménos dudoso, no imitan más que la envoltura exterior del poeta, cuya pura y elevada esencia riñe perpetua batalla con su propio humorismo. Por encima de éste, por encima del *esprit* está el genio, está el arte delicado, exquisito y original del autor del *Intermezzo*, de aquel *entreacto* sublime que vale más que los dos

actos que separaba: las dos tragedias entre las cuales fué publicado.

Pero aquel común empeño en no ver más que el *esprit* y cerrar los ojos al genio reformador, ha hecho que pasaran más inadvertidas de lo conveniente al adelanto las conquistas que Heine aporta al arte poético.

El *Intermezzo*, por ejemplo, obra de su juventud, es una hermosa y fecundísima resurrección, en los siglos modernos, de los ciclos antiguos, pero resurrección tan original, tan ajena á toda imitación ni recuerdo serviles, que no otra cosa parece sino que el *ciclo* sea una caprichosa y feliz invención de Heine. *El Regreso, El Mar del Norte, La Nueva Primavera*, todos los hermanos menores del *Intermezzo*, continúan la obra comenzada por éste acaso inconscientemente, que es como se empiezan muchas de estas obras, ó cuando menos, sin darse exacta cuenta de todo el alcance que tienen.

Tampoco parecen dársela muy exacta tantos poetas á quienes han caído alguna vez en las manos las obras de Heine. ¡Cuánto asunto, excelente para cantar en forma cíclica, se ha malogrado por darle la forma una, indivisa, sin soluciones de continuidad y que por igual

sirve á la musa mecánica y sin ideas del coplero que á la del creador verboso y abundante! ¡Cuánta poesía habrá dejado de tomar forma por no hallar cabida en la narrativa y por no tener en cuenta que, si un gran poeta pudo cantar en hermosos ciclos el amor y el mar, por ejemplo, bien pueden otras liras posteriores cantar, á manera de él, nuevos asuntos! En estos tiempos en que no hay entre el público quién lea una epopeya sin que al llegar al final no se contemple satisfecho como uno de los pocos hombres de voluntad heroica que andan esparcidos por el mundo, en estos tiempos, los ciclos poéticos podrían y deberían estar más generalizados porque responden á una necesidad de la época. Bien cultivados, sabiamente estudiados para engrandecerlos y pulirlos, si es que de pulimento necesitan, acaso pudieran llegar á ser como la épica de los tiempos modernos. Pero, para que esto lo creyeran todos, sería preciso que apareciera antes en el mundo otro Heine más épico que Heine, que se encargara de generalizar lo que él empezó, y como este poeta-sabio no ha aparecido aún, que yo sepa, y según el mal camino que llevamos, no es probable que aparezca en España, dejemos por inútiles

tales lucubraciones y sigamos haciendo poemas y pequeños poemas al estilo de nuestros Nuñez de Arce y Campoamor, excelentes poetas respecto de los cuales yo opino que se deben respetar y aplaudir por lo mucho que valen, pero contra cuyas imitaciones tengo una inquinia invencible porque creo que nunca han de conducirnos á nada de verdadero interés, no ya para el arte universal sino ni siquiera para el español. Bastaban á este último, en mi concepto, los dos poetas solos, que alientos tienen para hacer sin cortejo alguno tanto como con él.

Resumiendo anteriores indicaciones: Heine, que es mucho más que un gran humorista, puede llamarse, (recordando siempre con gratitud á Gœthe) el Lutero de la lírica moderna, —y ese Lutero (mucho más útil que el otro) aportó al arte nuevas formas no sin burlarse donosísimamente de algunas que los españoles cultivamos aún con inmovilidad beatífica, como, por ejemplo, aquellas odas que empiezan siempre;– «¡Oh, tú, que...!» según ha recordado en uno de sus últimos libros el modernísimo *Clarín*, que tanto parecido tiene á veces con Heine el prosista.

Por fortuna este cultivo de que hablo va

disminuyendo cada día más. Pero aun cuenta entre nosotros más aficionados de lo que conviene; por lo cual, no sobra, sino que por el contrario hace mucha falta, el decir bien alto que á esa oda, kilométrica y rimbombante casi siempre, hay que preferir de una vez otras formas más adecuadas á la verdad y á los refinamientos del arte; que á fuerza de rodar de siglo en siglo ha concluído por desviarse de la naturalidad, de la forma sincera y espontánea; que el arte moderno ha de acabar del todo con ella más tarde ó más temprano para volver sus ojos á la simplicidad de la poesía primitiva y combinarla con las exigencias del gusto actual.



¿Se halla ni debe hallarse más pujante, más floreciente el cultivo de los demás géneros que llevan en sí el sello del convencionalismo, de la falsedad, de la falta de espontaneidad en la expresión de lo que el autor piensa ó siente cuando toma la pluma para transmitirlo al papel?

No. ¿Se escriben hoy muchas elegías, muchas églogas, muchas sátiras de las de patrón

obligado? Casi está en la conciencia de todos aquellos á quienes algo se les alcance en arte, que son, los tales, géneros tan muertos que no hay que pensar en resucitarlos. El más muerto de todos parece la poesía bucólica y sin embargo por aficiones clásicas algunos poetas de gran valía han escrito églogas é idilios, aunque sin la pretensión de hacer de ellos un género que deba imponerse. Hay algo de belleza sabia en esos ensayos cuando están bien hechos, algo de un sabor delicado que no perciben todos los paladares, pero de ello á la oda actual, tan asendereada ya y que presume de ser el traje de fiesta de la poesía, media una distancia inmensa. La misma rareza y osadía del intento, el aroma clásico antiguo que respira y el carácter puramente de tentativa personal, hacen simpático á lo primero, tanto como las cualidades opuestas hacen antipático y perjudicial á lo segundo (1).

---

(1) No en la literatura castellana, pero sí en la catalana tan floreciente hoy (y por lo tanto dentro de España) hay quien cultiva la poesía bucólica con todo el realismo de un griego ó de un latino y al mismo tiempo con todo el carácter moderno posible. D. Apeles Mestres cuyo mérito como dibujante es muy conocido y del cual es una nueva prueba este mismo volumen, es además un poeta de excepcionales cualidades y ha formado una colección de

Pero la bucólica anda en rigor entre nosotros bastante olvidada. Aun puede decirse que la verdadera bucólica ha dejado de ser en la poesía castellana. La mayor parte de autores adoptan las denominaciones de aquélla; casi nada de su esencia.

Ni es mucho mayor la afición á la sátira como género poético de molde bien determinado y tradición muy española. Hoy preferimos satirizar á nuestro antojo cuando y como mejor nos parece, á la mitad de una obra seria si así se nos ocurre.

Yo creo que hacemos ya diariamente tanta sátira que no nos queda materia para condensar en un género ni necesitamos tenerlo. Además, la facilidad moderna de censurar vicios y costumbres por todos los medios que se quieran, quita toda su utilidad y razón de ser á la sátira poética.

La elegía ha caído también en desuso, de-

---

idilios muy dignos de estudio, y sobre todo de aplauso, por la hábil mezcla de antiguo y de moderno que hay en ellos. El señor Mestres ha dado á luz algunos de sus idilios en Revistas y publicaciones colectivas de autores catalanes, pero conserva muchos más inéditos. De todos ellos tiene (sin publicar) una edición ilustrada por él mismo.

rrumbándose por la base, como se derrumbó la tragedia: vióse su falsedad y las miradas se volvieron al fin hacia lo real, lo verdadero. Raro destino el de la elegía si la historia literaria no presentara otros como el del epigrama, que de composición seria ha pasado á género festivo de última estofa. No ha descendido de nivel la primera como le ha sucedido á este último, pero ha ido cambiando de tal suerte que es ya totalmente distinta de lo que fué. ¡Cuán sorprendido quedaría Propercio si pudiera asomarse á los umbrales de este nuestro mundo moderno y ver á que clase de obras hemos llamado elegías andando los tiempos! ¿Dónde, la hermosa libertad de su género, dónde, la pasión amorosa francamente retratada, dónde, aquellas lindas inspiraciones encerradas en poquísimas líneas y que por lo breve del espacio y lo compendioso de la idea parecen toda una larga historia pintada sobre un vaso antiguo? Nada de ello queda. La joven libre, apasionada, franca y tan frescamente hermosa ha ido convirtiéndose poco á poco en vieja y mercenaria *llorona* que acompaña los cortejos fúnebres. Fué griega y no aceptó más traba que la del metro, que le dió nombre; nadie dirigió, cohibiéndolo, su entendimiento libre por esen-

cia. Fué romana y comenzó á abdicar libertades y se impuso deberes que antes no conocía, pero aun era libre y sobre todo hermosa con la hermosura de la juventud; quizá se hizo más sabia, quizá también su mirada tornóse más profunda y analizadora. Fué moderna... y perdió hasta la voluntad propia. ¡Cuántas veces enmudeció esperando que algún suceso desgraciado viniera á reclamarle un tributo de llantos y gemidos! ¿Sonreir?—¿Cómo, si era *la elegía*, y su existencia estaba dedicada exclusivamente al llanto? ¿Presentarse con vestiduras cortas y sin afectación? ¿Hablar sin énfasis?—Imposible, puesto que habíamos convenido en que su traje era el talar y en que enfática debía ser su voz.

No era posible que así viviera, ¿verdad? Y no vive ya. Ha muerto y no hay temor de que resucite al tercero ni en ningún otro día próximo ó lejano. Una de sus últimas manifestaciones en España la muestra completamente cambiada. Es la preciosa colección de íntimas, el precioso poemita podría llamarse, que tituló Ruíz Aguilera «Elegías.» ¡Pero qué elegías! Así, pueden hacerse, y se harán siempre, y serán eternamente hermosas. Así, nos recuerdan la sinceridad antigua y hasta algo de

su libertad, así, se puede llorar en la poesía y puede serse elegíaco y poeta moderno todo en una pieza. Esta clase de elegía no ha muerto ni morirá nunca, porque es la poesía de todos los tiempos.



Un soneto me manda hacer Violante,

dijo Lope de Vega, empezando uno de los suyos que parece una burla del género, y, antes y después de él, ¡cuántos sonetistas se habrán dicho lo mismo mil veces al sentarse frente á la cuartilla blanca que espera pacientemente alguna idea! Lope pintó por admirable modo el soneto en aquel suyo tan celebrado, y no sólo en toda la composición sino ya en el primer verso. Violante le manda hacerlo, por esto lo escribe, no por otra razón. Así pienso á veces que debió nacer el primer soneto del mundo cuando considero lo artificioso y pueril del género: por el mandato de una dama caprichosa dado en algún aristocrático salón de pasados siglos. ¿Cómo concebir, si no, que un poeta, en el momento de la inspiración, cuando la idea lucha por tomar forma y en su amplia y magnífica inmaterialidad las halla todas estre-

chas y mezquinas, se complazca en imaginar la más reducida é incómoda cárcel para encerrarla en ella? ¿Cómo explicarse aquellas obligaciones, innecesariamente impuestas, de escribir catorce versos justos y cabales, divididos en dos cuartetos y dos tercetos, consonando de un modo especial y único, y desarrollando los pensamientos en una gradación tan exajerada que para que la composición sea perfecta, cada estrofa ha de ser más importante que la anterior, hasta que por fin, estalla en el último verso la idea capital, la idea madre, á tanta costa reservada para el momento oportuno, como fuego de artificio con que un pirotécnico aspirara á sellar su reputación?

Es indudable que con todas estas trabas existe en el soneto algo de juego pueril, algo de carrera de obstáculos á la cual tiene que sujetarse el infeliz Pegaso, no como el clásico corcel que cruza los aires desnudo de todo freno que no sea la propia é inteligente voluntad, sino como la más prosaica cabalgadura que atormentaron látigo y espuelas.

Y, sin embargo, el soneto es el género de mejor fortuna que puede imaginarse. Siglos ha que vive y apenas hay poeta que se desdeñe de cultivarlo y muchos gozan por él de

fama tal que no ha de atreverse nadie á discutirla. Es que cuando cae en manos de un verdadero maestro hay un encanto especial en aquella composición corta, nutrida y hábil. Pero obsérvese: el mejor soneto es el que más bien oculta lo irracional de sus trabas para no llamar la atención más que hacia lo armonioso del conjunto, al modo diestro de conducir la idea. No podía ser de otro modo. Júntanse en aquella combinación rítmica cualidades excelentes con otras de todo punto malas en su esencia. Cuanto más dominan las primeras y ocúltanse las segundas más aumenta en bondad la obra. ¿Por qué, si de tal suerte acontece, no pensar en suprimir lo malo y luego, con lo bueno sólo, formar un género, una manera si se quiere? El soneto es corto y por ello de efecto rápido, inmediato; no malgasta las ideas sino que saca de ellas todo el partido posible; no enuncia desmañadamente la capital al principio ó mitad de la poesía para luego terminar ésta débil y diluida; no se abandona, se da cuenta de sus procederes. Y todas estas son cualidades buenas hasta lo sumo. Por desgracia vienen á ser como piezas de juego que deben moverse de cierto modo dentro de un tablero determinado: se encierran

en un soneto, en una combinación que empieza por un defecto y tiene por base otro. Es el primero los dos cuartetos, que, á pesar de estar juntos, tienen iguales consonantes; el segundo la tiránica regla de los catorce versos. de que ni siquiera salva, honrosamente, la invención del estrambote, nacido, sin duda, en un momento de malhumor de algún poeta mas necesitado ó más indómito que los otros.

Yo no sé si el soneto morirá, como géneros mucho más importantes y hasta mucho más *géneros* que él; pero creo que *debe* morir. Ni hace verdadera falta el que se conserve. La poesía moderna tiene ya mil formas que lo suplen en lo que ofrece de artístico y recomendable, mil formas que por lo hábiles presentan todo el aspecto de sonetos, careciendo al mismo tiempo de los inconvenientes de estos.

Cuando dejen de existir como género *militante*, la historia literaria hará, sin duda, la del soneto, como la de un género de fortuna muy superior á la que merecía, parecido, en esto, á aquellos hombres ó á aquellas cosas en que superando las buenas cualidades á las malas, sofocan á estas últimas y dan al conjunto un buen lugar en el público concepto.



Resumamos.

¿Existe una poesía anticuada y otra moderna?

Sí, y para mí la primera es la convencional, la que parece únicamente cortada por las reglas de la Retórica, que, por desgracia, suele ser muchas veces una especie de *manual de confeccionadores de inspiración.* La moderna nace en Gœthe y Heine, que son como el renacimiento de la poesía, y descansa mucho más de lo que se cree generalmente en antigua y clásica base. Sólo que en vez de empeñarse en imitar á autores mal avenidos con el carácter de los tiempos modernos va á buscar á otros á los cuales podemos asimilarnos mucho mejor, y en vez de aprovecharlos después de pasados por el tamiz de los preceptistas los aprovecha en toda su natural y hermosa desnudez de antiartísticos comentarios. ¡Si cuántos han legislado sobre la materia fuesen tan grandes y tan artistas como Gœthe y Heine, que, sin embargo, no legislaron como ellos!... ¡Cuán bien podrían entonces seguirse eternamente, sin razón para que de cuando en cuando dudara

alguien si han sabido lo que es poesía ó en todo caso si lo han sabido siempre! A ellos debe el arte poético su larga desviación de lo natural, y no compensa todo el bien que han hecho, este solo perjuicio, bastante para causar la muerte de lo mismo que estudian y ponderan con menos temperamento artístico que buen deseo y copia de conocimientos.



Ve, pues, el lector amigo, que cuando llamo yo á mis cantos en la portada de este libro *modernos* me refiero á toda una escuela ó manera, no á que cante yo en mis versos asuntos callejeros y de actualidad, desde la revolución social hasta el último conflicto en que se encuentre España, ó el amenazante balancear del equilibrio europeo, sin incluir en lista otros asuntos de menor cuantía, pero no por ello menos socorridos para la declamación. No. Los míos no alzan la vista á esas alturas inconmensurables ni para cantarlos se hace preciso ahuecar la voz. ¡Pobrecillos! Tienen santo horror á esas grandezas y gustan más por ejemplo, de los progresos que se realizan que de los que se cantan. Pudieran ser, en su mayor

parte, de todos los tiempos, sin embargo, en un exceso de generosidad se contentan con ser del presente porque en él vive el que los ha concebido, débiles y encanijados, no por propia voluntad sino por carestía y miseria propias.

Así y todo son hijos de la siguiente opinión: la poesía moderna debe aunar á la simplicidad de la poesía primitiva los refinamientos del gusto actual.

¡Grave opinión... de poquísimos partidarios en España!

Y, sin embargo, creo que no ha de serle perjudicial, si, por la irresistible influencia de los tiempos, llega á tenerlos algún día tan declarados como yo.

Necesitamos, ante todo, para ello, que no se consideren siempre como *becquerianas* de álbum escritas para muchachas, esas poesías cortas que no son odas, ni elegías, ni sátiras, ni canciones, ni ningún otro género retórico. Necesitamos que cuando un gran poeta tenga una gran idea que expresar no se crea obligado á recurrir á la oda quintanesca, buena para su tiempo, mala para ser producida hoy. Que así como no se necesita en otros países acordarse de los viejos moldes para dar á la lite-

ratura obras maestras, admirables por la profundidad del pensamiento y deliciosas por la perfección exterior, tampoco en el nuestro nos hagamos la ilusión de necesitarlo. Y dentro de este sistema, que no hemos inventado nosotros, los hijos del último cuarto de siglo transcurrido, caben todas las inspiraciones y todos los estilos, desde el piropo rimado hasta la idea filosófica, desde la corrección del más puro clasicista hasta el desaliño real ó aparente del que escribe los versos con la misma pluma que la prosa, con idéntico abandono y espontaneidad idéntica. Y caben también todos los poetas, desde el más grande al más ínfimo, todos... menos los poetas gárrulos en cuyos cerebros hay embutidas palabras en vez de ideas ó de imágenes.

No da una noción exacta de esta poesía de que hablo la de Becquer, pero acaso sea ella la más útil como punto de comparación para que el lector que hasta aquí me haya seguido comprenda mejor mi pensamiento.

¿Qué es Becquer? Un discípulo de Heine (sí, un discípulo de Heine aunque alguno se escandalice al oirlo,) de mucho menos genio que él y que ha empapado en lágrimas la eterna sonrisa irónica de su maestro. Como éste lloraba,

hacia dentro y sonreía exteriormente, Becquer lloró hacia fuera sin sonrisa alguna ó bien con estremecimiento tan ligero y triste de los lábios que no parecía otra cosa que una forma más del llanto. Por ello y por su idealismo en perenne acción tal vez en la historia de nuestra poesía no ande muy lejos Becquer de ser el último romántico de los románticos melenudos y falsa y triste y nebulosamente soñadores. Pero dejemos esto.

Ese poeta, encarnación en un cuerpo moderno de un alma de elegiaco latino contaminada de idealismos y tristezas poco romanos, escribió, como todos saben, una especie de apuntes poéticos, según él, una colección de obrillas magistrales, según los demás, y dióles despreciativamente el titulo de *Rimas*. Aquellas *Rimas* no eran otra cosa que una rama de la poesía moderna que, arrancando de Alemania habia ido á florecer en España con el nombre de Heine grabado en cada una de sus hojas. Por lo que de la producción de esas composiciones cuenta Rodriguez Correa se ve que Becquer no se daba cuenta de toda la trascendencia de su obra y que considerándola acaso como una colección de versos de abanico ó de álbum, ó á lo sumo como una serie

de desahogos personales aspiraba á la producción de grandes poemas y otros trabajos que hubieran sido una contradicción en su papel de reformador, inconsciente, es cierto, pero reformador al cabo. Su misión estaba toda en las *Rimas*, es decir, en demostrar, que no se necesita más que ser artista verdadero y original y escribir hondamente emocionado para gustar á nuestro público primero y legar luego un nombre á la historia literaria; que las divisiones retóricas en géneros no han de importar más en España de lo que importan en países extranjeros; que la poesía moderna en su última evolución es una planta que puede aclimatarse en nuestro suelo, como lo prueban ya ciertas tendencias parciales de algunos de nuestros poetas vivientes.

Lo único que no pudo demostrar Becquer fué lo que demuestran otros, no españoles, la mayoría, es decir que *rimas* no mucho más extensas que las de Becquer, pero sí más amplias y menos amaneradas, lejos de ser una especie de camafeos, lindos, pero sin gran importancia, son la Poesía, toda la Poesía, en la cual se combinan por hermoso modo, la simplicidad de otros tiempos lejanos de nosotros con el gusto perfeccionado de los nuestros. A ciertos rasgos

y procedimientos característicos de esta poesía, unos en germen, otros desenvueltos y modernizados, es á lo que se refiere en sus comienzos el presente prólogo (que bien pudiera llamarse con más justicia introducción á varios libros nonnatos) cuando dice ser opinión del autor que lo que de indistinto modo ha podido practicarse en muy diversas naciones de Europa, lo que cuenta con grandes semejanzas en las asiáticas de varias épocas, y aun podría decirse generalizando que no sólo es moderno, sino también antiguo, no hay gran razón para que deje de ser español en la época presente. Tal es el motivo de estas páginas: declararse partidario de un sistema poético que entre nosotros casi no cuenta más que con modelos como Becquer, el cual, como queda indicado, es, aunque un buen poeta, un modelo incompleto y malo, especialmente en tiempos tan naturalistas como los presentes (1).

---

(1) Nadie ignora que entre nuestros poetas de oficio actuales los hay que han escrito á veces como formando parte de la escuela á que aquí se hace referencia, pero como quiera que esto no constituye en ellos (al menos que yo recuerde) personalidad inmutable y fuera de duda, creo que sin injusticia puede decirse de Becquer lo que aquí se dice. Campoamor es de entre los vivientes el más



¡El naturalismo! *Voilá le mot.* Puesto que existe una poesía moderna que profesa verdadero culto á la verdad y éste es también el del naturalismo, veamos algunas de sus relaciones con él.

He dudado si debía hablar aquí de este asunto que á tantos parece aún en España de mal tono, de mal gusto y hasta de malísimos y depravados intentos. Además, después de haber roto todos alguna lanza en pro ó en contra de él, hemos resuelto ya que las astilas cubren sobradamente el suelo y que es ingrato el no poder dar un paso sin tropezar con alguna.

Los que creen haberle muerto de una lan-

reformista de los nuestros, pero Campoamor, que es la originalidad misma, ocupa en la poesía un lugar aparte, alto y honorífico, por supuesto, y, caso de buscarle modelos, habría que recurrir ya á Byron y Musset, ya á la Fontaine... ya á él mismo.

Joaquín M.ª Bartrina y Francisco Matheu (catalanes ambos) merecen también aquí un recuerdo, aunque el segundo no escriba más que en su idioma provincial y el primero careciera, por lo general, de forma. Uno y otro son más variados y realistas que Becquer, aunque menos artistas.

zada duermen tranquilos en esta seguridad; los que creen haberle defendido con fortuna los imitan como diciendo triunfalmente: —«descansemos que no quedan ya enemigos.»

Venir en este momento á hablar de naturalismo no hay duda que carece del mérito de la oportunidad (1).

No importa. Las teorías no deben ser cosa de moda hasta ese punto.

La poesía moderna es en el fondo naturalista: he aqui una afirmación que puede no gustar á muchos... como tantas otras. Lo sentiré, pero en obsequio suyo no puedo hacer más que divagar algo sobre el concepto de aquella palabra tan traída y llevada.

En primer lugar en el naturalismo no son completamente nuevas ni la cosa en sí, ni la denominación. Es hijo del escrupuloso deseo de pintar el mundo tal como el autor lo ve. Y no hay que decir que este deseo en más ó menos grado lo han tenido varios hombres en di-

(1) Asi y todo aun de cuando en cuando resuenan los ecos del vocerío pasado. En España en que estas cosas suelen ir más lentamente, andamos aún en los calificativos de *inmundo*, *feo* y *repugnante* ó bien en las admiraciones indiscretas no de lo bueno interno sino de lo malo que salta á la vista.

versas épocas. Lo que el naturalismo ha hecho ha sido elevar hasta lo sumo el tono de una viejísima canción y apoyar con una teoría esta manera de cantarla. Yo no diré aquí que la teoría sea cierta en todos sus puntos, pero sí sostengo que ha sido y es conveniente y oportuna.

Íbase ya debilitando demasiado nuestra voz, perdía notas varoniles y llenas de verdadera pasión y en cambio ganaba mucho en inflexiones falsas y atipladas. Entonces fueron apareciendo, juntos ó casi juntos para que la influencia fuera más poderosa, varios *vagnerianos de la literatura* que no sólo trataron de robustecer lo débil, sino que, poseídos del terror de este defecto, aun lo delicado llegaron con frecuencia á suprimir temerosos de caer en el error de que huían. Como todas las reacciones no hay duda que ésta ha sido y es excesiva, pero no hay que abominar de ella: su base es buena, su influencia, á la larga, muy beneficiosa. El naturalismo valdrá más cuando, como ahora empieza á suceder, se hable menos de él y se practique seria, discretamente y sin encariñarse demasiado con teorías extremadas que deben dejarse para el primer momento, rechazándolas luego en los sucesivos.

Lo que se ha llamado *el idealismo* le brinda con cualidades que no deben darse enteramente al olvido y que no se darán sin duda cuando pueda comprenderse que ser naturalista ó idealista no es ser adversarios irreconciliables, y aún quizá que ni el idealismo ni el naturalismo son por sí solos el arte completo.

Por este camino, ya poco ó nada batallador, es indudable que vamos, sino en derechura, con algunos rodeos. Los franceses, que iban al frente del movimiento, lanza en ristre y calada la visera para pelear con sus mismos compatriotas que les negaban el derecho de vida ó cuando menos el de la consideración, han trocado ya las agitaciones de la lucha por cierta calma segura y algo olímpica, hija de haber conseguido mucho de lo que se les disputaba. Sus mismos adversarios han convenido en admirar el talento y la maestría de que antes se dudó, y, gastado por cansancio el tema objeto de tantas discusiones trátase, ya por unos ya por otros, de renovarlo y perfeccionarlo, como hace poco, con la exótica importación de la novela rusa, última muestra de una generación esencialmente naturalista (aún á pesar suyo) y sedienta de un arte nuevo.

El resultado de todo esto, ha de ser acabar

por dar á la palabra que ha servido de divisa á la novísima y revolucionaria escuela el verdadero sentido que debiera tener y no el de sinónimo de mil cosas repugnantes y soeces por *parti pris* que á nada conduce, que es como se la entiende en España y como realmente practican algunos. Lo inexacto de tal concepto no suele verse de pronto cuando los libros naturalistas franceses van aún de audacia en audacia, extreman las notas oscuras y se desvían del gusto con errores estéticos, poco extraños en una literatura cansada y ansiosa de distinguirse con novedades; sin embargo, es preciso decir que ni dichos libros son todo el naturalismo practicable, ni sus audacias son siempre del todo malas para el arte, porque mucho contribuirán en definitiva á ensanchar sus moldes, después de separado lo que no deba admitirse, es decir, del oro la mucha escoria.

En este sentido, algo independiente si se quiere, y obedeciendo á este criterio, creo yo en el naturalismo de la poesía, sin que por tal entienda (como puede comprenderse) escribir como Richepin y Rollinat, los autores de *Les Blasphèmes* y *Les Névroses*, algo olvidadas ya una vez pasada la primera impresión. En mi

concepto ni uno ni otro (y con ellos bastantes más) son tan naturalistas como algunos quieren, antes bien tienen mucho de idealistas enfermizos que por capricho y moda se expresan poco culta y á veces desvergonzadamente, con palmario mal gusto. Y esto es, si acaso, lo único en que coinciden con el naturalismo de mala ley. Muy diverso es mi propósito. Entiendo yo que la poesía moderna es ya en la esencia, y debe serlo cada vez más, ***naturalista*** en cuanto debe ajustarse en el fondo y en la forma á lo que exige, la verdad constantemente estudiada. No con tal extremo que vayamos á desterrar la imaginación de la poesía, pero sí cuidando mucho de que la obra poética no sea una vistosa joya que suene á falso. Y sobre todo atendiendo mucho al procedimiento, el procedimiento que es el modo de hacer pasar por más verdadera la mentirosa verdad de la poesía.



★

El naturalismo tiene á más de procedimientos, estilo. Y este estilo aplicado á la poesía puede ser objeto de interminables discusiones. ¿Debe tener el carácter de una especie de pro-

sa rimada? Yo creo que no. ¿Debe diferenciarse mucho su lenguaje del lenguaje de aquélla? Tampoco lo creo. Para mí el verso de la poesía moderna debe ser una prosa, sí, pero tan sumamente exquisita y excepcional que se salga de los moldes de la prosa y tan acabadamente cincelada que su hermosura antes resulte de lo bien torneado de su espléndida desnudez, que de la riqueza y recónditos adornos de vestido alguno. Lo cual, á mi parecer, es el colmo del arte, y bien puede, quien logre realizarlo, tenerse por dichosísimo y señalado artista muy superior á los que por distintos caminos alcanzaren el aplauso.

No es esta una de las menores razones por las que amo yo la poesía moderna y la admiro y pongo sobre mi cabeza á sus maestros, porque... ¿lo diré? cuando por tales caminos llegan á la belleza parecen hasta más maestros que otros, ó cuando menos, más críticos.



Un cuadro es un poema. Una imagen es muchas veces una flor que se basta á sí sola y no necesita juntarse á ramillete alguno para causar admiración y deleite. Por esta razón la

poesía moderna tiene mucho de pictórica y por ello también creo yo que una sola imágen bien desarrollada basta para fondo de una composición.

¿Es legítima la poesía pictórica? ¿Toca á ella algo del poco valor que en teoría suele darse á la poesía descriptiva; ya que pintura en esta arte bella es descripción? Paréceme que lo de la inferioridad estética de esta última tiene menos aplicación á la poesía pictórica de hoy que á la llamada *poesía descriptiva* de antes, la cual es realmente muy inferior á la de concepto por su carencia de intención unas veces, por lo trivial del asunto, otras, y muchas más por lo diluído y falto de gracia que solía estar el desarrollo. Hoy, por el contrario, la poesía pictórica es ya una idea disfrazada bajo la forma de imagen, ya un asunto cuyas cualidades intrínsecas se bastan por sí solas, ya una condensación tan hábil de rasgos dignos del pincel, pero no siempre dóciles á sus escasos medios, que el poeta deja atrás al pintor y su obra impresiona como cuadro y como poesía, por el color y la línea al par que por el ritmo.

La gracia, esa hija de los dioses que pasa muchas veces desconocida por entre los hom-

bres, se balancea airosa y burlona sobre aquel crimen retórico de un hombre que olvida á sabiendas que... (lo diré con expresión vulgar por figurárseme así más propio)..... que para pintar ahí están los pinceles y no la pluma. Ó, si la expresión no gusta, que no está muy probado que la poesia pictórica sea hija legítima y que se ha convenido en que la descripción pertenece á una de las castas inferiores del arte poético, de aquel arte que cultivó Dante, tan pictórico, tan descriptivo, y ambas cosas tan amplia, tan sabiamente.



La consecuencia de esa poesía pictórica y naturalista es la preponderancia, en ella, de la plasticidad sobre la música. En otras épocas, no muy lejanas, por cierto, dejábase arrastrar el poeta por la melodía y cuidaba más de esta que de cincelar debidamente tal ó cual imagen. No tanto en la escuela modernísima. Parece como que el arte poético, destinado á flotar entre artes hermanas suyas, cuyos límites le es dado tocar, pero no trasponer, se ha inclinado esta vez más á las de la línea que á las del sonido. ¿Es esto un error? Yo le juzgo más bien acierto y como tal le sigo.



Y ahora que harto he hablado de teorías generales paréceme que bien podemos descender á lo particular. Lo particular es mi humilde persona que recomiendo á la benevolencia del lector impresionable y blando de condición en quien hacen más ó menos mella estos ruegos de los autores que con lágrimas en los ojos le piden que les mantenga en su santa gracia. No voy yo á pedírselo precisamente con lágrimas en los ojos, ni aun en sentido metafórico, pero no por ello deseo menos interesar su corazón, el cual debe de ser magnánimo en extremo si es que perdona á tantos que cotidianamente se lo ruegan.

Los versos que va á leer, dando por supuesto que leerlos se proponga, son unos ensayos *sin pensamiento trascedental*, y sencillos, modositos, sin malicia ni más genialidad que la de no envolverse en una capa madrileña. Bien puede perdonárseles, á mi modo de ver, dado caso de que el traje que escojan no le parezca al lector del todo mal. Sea como fuere temo que el aspecto exterior de estos hijos de mi imaginación tenga para él algo de exótico y

4

por ello pienso que acaso pudiera ponerles el título de *Cantos exóticos* en vez del que les doy. De esta suerte me adelantaría á algún malévolo que se le antojara decirlo en son de censura.

Mas tú, lector invisible y desconocido para mí, ser colectivo que tienes algo del dios panteista, tú no eres malévolo, ni exigente en extremo y algunas veces ni crítico siquiera. Tú que has aplaudido, según dicen, tanto crimen de lesa literatura, sin duda por aquella natural bondad de corazón que he invocado ya, bien perdonarás su aspecto y aun algunas de sus faltas á estos ensayos que por muy poco que muestren siempre indicarán el respeto á las *leyes fundamentales del Estado,* quiero decir, de la República de las Letras..... y que, ¡ay de mí! apláudaslos ó los silbes no han de ser los últimos que salgan de esta pluma pecadora, como no son ya los primeros. ¡Oh lector magnánimo y no exento de pecado, la pluma tiene también, como la humanidad, su pendiente del vicio!...

Pero he resuelto despedirme de ti con la sonrisa en los labios, como cuadra á quien las preocupaciones y penas de la vida no han anublado aún la frente ni el carácter, y temo que

la profundidad de la exclamación que acabas de leer te entristezca más que cualquier desesperada elegía de poeta-suicida. Terminemos, pues, con este prólogo,—que contra tus gustos es ya demasiado largo,—dejando de escribirlo yo, de leerlo tú, y aprovechando este momento, uno de los dos ó tres del presente libro en que la seriedad no hace falta, para comunicarte cosa de un par de ideas para las cuales necesito tenerte en buena disposición de ánimo si es que has de mirarlas con los benignos ojos que deseo. Hélas aquí: está formado este volumen con composiciones escritas en lo que podría llamarse *mis años de aprendizaje*. Por ello vese tal vez al autor flotando algo entre diversas evoluciones de una misma *manera* ó produciendo con aquella desigualdad de que no ya á los aprendices, sino á los mismos maestros, es difícil librarse, como tú sabes muy bien y perdonas muy pocas veces. Estas y otras razones son parte á que no dé yo á mi libro la importancia que pudieran hacer presumir algunas afirmaciones de la profesión de fe ó confesión de culpas que le sirve de cabecera. Comprendo que hace falta á nuestra poesía algo de renovación y como de rejuvenecimiento, pero ni pretendo que el diminuto

puñado de *Cantos* que hoy publico aspire á tal empresa, ni otro valor les concedo que el del hacecillo con que suele empezar á prenderse el fuego de las hogueras: el verdadero combustible viene después..... ó se carece de él y entonces no hay hoguera, lo cual suele ser lo más frecuente. Entretanto, no se ha perdido gran cosa en quemar el primer haz. Ó de otra manera y usando de una comparación que volverás á ver, lector, pocas páginas después de ésta: mi libro es un esqueje de prueba. Esqueje de una planta europea que tarde ó temprano será completamente española, como ha acabado por ser español, aunque con bastante retraso, tanto y tanto que ha sido antes extranjero. Al fin, lo que á nosotros, españoles, nos toca, es entrar en la corriente general, acomodándola, si se quiere, á lo más característico y bueno de lo nuestro. Feliz yo, feliz cualquier otro, si siguiendo esa corriente, pudiera decir en España, hoy ó algún día, joven ó maduro ya y aleccionado por los años, pero sin presunción injustificable, sin soberbia que los hechos desmintieran, con completa verdad,

mon verre n' est pas grand, mais je bois dans mon verre,

como escribió Alfredo de Musset vertiendo en

inmutable molde un concepto difícil de expresar, sobre todo modestamente. Y ello es que tú, lector amigo, aunque tal vez no seas siempre modesto, eres partidario de que al menos se muestren tales los autores de libros. Dios te lo perdone y á mí no me demande el que acaso alguna vez lo haya parecido poco. Pero esto último no lo hará, porque bien sabe él que, en el fondo, nadie cree tanto como yo en la falibilidad de los hombres y en lo muy discutible y falto de valor del propio parecer, aun cuando más cercano del acierto pudiera imaginarse.

Madrid 1886.

NOTA ADICIONAL.

Como se ve por la fecha, escribí este prólogo hace ya algún tiempo. Desde entonces acá, algo de él acaso haya perdido oportunidad y algo tal vez lo dijera yo de otro modo á tener que decirlo ahora por primera vez. Nada de esto afecta, sin embargo, á lo sustancial.

Como cuanto digo aquí de géneros que han sido objeto de admiración durante muchos siglos, (y siguen siéndolo aún para bastantes hombres de estudio y también para mucha gente vulgar que admira más por fe que por convencimiento propio) puede parecer á alguien pura *boutade* de persona de mal gusto y desconocedora de los buenos modelos cuya eterna belleza nos predican á veces tantos que no los han leido, declaro para tranquilidad de las conciencias timoratas en literatura y también para que las cosas queden en su punto y no me entiendan mal los mismos que yo tengo interés en que me entiendan bien, declaro, digo, que me deleito como el que más en la lectura de las buenas composiciones pertenecientes á los mismos géneros que censuro en este prólogo, pero que éste deleite mío lo experimento sólo como

lector y aficionado á la literatura, no como autor. Más claro, que sin desconocer la belleza de ciertas odas, elegías, sátiras, sonetos, etc., jamás se me ha ocurrido ser poeta pindárico bueno ó malo, por ejemplo, ó escribir elegías ó sátiras de las que nuestro público no hace ya caso. Ni menos me parecería bien que tales géneros cultivaran todos los autores de la época en que vivimos. Como no sea con la mira de mostrarse buen humanista al par que poeta, no comprendo las imitaciones clásicas no acomodables á nuestros tiempos, y aun las escritas con aquel objeto no las considero como poesía viviente y militante, como poesía característica nuestra que puedan estudiar los historiadores literarios futuros, sino como restauraciones de hombres de estudio, dentro de las cuales puede caber, por otra parte, todo el talento que se quiera. Ahora bien, no me disgustan las restauraciones bien hechas, pero de lo que no gusto, y así me esfuerzo en decirlo, es de que las hagamos todos, y pasen ellas como legítima y única poesía de unos tiempos en que precisamente las formas literarias, los gustos, y aun la vida y las ideas, cambian radicalmente.

Otra advertencia debo hacer. Habla mi prólogo bastante de la oda, de la cual formo, para el caso, un á modo de tipo abstracto que tal vez en rigor no existe dada la amplitud de sentido en que puede tomarse la palabra *oda*. Indico luego, como representación de algo de lo que debe ser la poesía moderna, la de Goethe y Heine, á la que, *in mente*, considero yo como una no muy estudiada escuela de la cual forman parte muchos poetas de todas las

literaturas, que piensan, sin duda, lo mismo que yo me he limitado á exponer y que no acierto, de seguro, á realizar como quisiera. A lo que digo de la oda añado aquí que no me refiero en mis censuras á todas las composiciones que este nombre lleven, sino, de un modo especial, á aquellas tan faltas de formas sinceras y naturales como sobradas de ampulosidad. Téngase en cuenta, sin embargo, que hay más odas ampulosas de lo que generalmente se cree y que con harta frecuencia la falsa hinchazón suele ser base del género y origen de lo que muchos señalan en él como bellezas. Por lo demás, la oda sobria, sencilla, la horaciana, en fin, tiene en mí un admirador aunque no tenga un imitador literal.

A lo que llevo dicho sobre la poesía moderna debo añadir también lo siguiente para aclarar dudas que tal vez surjan á la lectura de mi prólogo. No pretendo crear género alguno ni creo tener alientos para ello. No pretendo tampoco restringir la poesía, dejándola, en mis teorías, reducida á la forma de lo que llamó despreciativamente el poeta *suspirillos líricos.*—No pienso crear ningún género, porque yo que no gusto de la sujección á los ya consagrados por el uso, ¿cómo he de ponerme á sustituir las trabas conocidas por otras desconocidas y sin autoridad? En todo caso, mi género sería aquel en que se escribieran sin sujeción á ninguno, cosas bellas en formas sencillas, naturales y variadas, como han sabido hacer autores que olvidamos con harta frecuencia.—No quiero restringir la poesía reduciéndola á la sola y mez-

quina forma de los *suspirillos* citados, porque muchos de ellos (los malos) ni me parecen poesía, ni hallo en otros muchos (los buenos que causan el efecto de telégramas, de puro cortos) materia suficiente para que brille en ellos el arte y se presenten las ideas algo mejor que completamente desnudas. Por esto no comprendo el dístico solo, aislado, como composición seria moderna, y apenas comprendo tampoco la cuarteta que parece un cantar, sobre todo cuando el que la escribe no es un poeta tan hábil que sepa condensar en ella todo un poema.

Mi teoría, si así puede llamarse, es, pues, muy sencilla y no me parece excesivamente exclusivista: brevedad relativa; sobriedad de galas poéticas; naturalismo discreto en la expresión y aun algo en el pensamiento; libertad para escoger la forma que mejor le parezca al poeta, rehusando los moldes creados ya de antemano y tendiendo á fabricarlos él al tiempo de exponer su idea.

Todo esto no creo haberlo sacado yo de la nada, ni ser el único que lo piense, ni tampoco tomarlo de nadie. Está en él aire que respiramos; forma parte, seguramente, del criterio íntimo de muchos. En cuanto á practicarlo, quizá otros lo practiquen mejor que yo. Lo que sí creo, de lo que sí estoy seguro, es de ser aquí, en lo que digo, débil eco de una tendencia de mi época, que recorre como una oleada de luz y de vida las literaturas modernas.

Y ahora, vé, libro mío, y sumérgete en ese caos de la publicidad

en que muchos no han de leerte, y otros, después de leido, han de encontrarte mal.

Con que alguno te entienda y simpatice contigo, date por contento y bien pagado, que harto es esto y sobrada candidez el pedir más.

CANTOS MODERNOS.

Pobre es la muestra: un simple esqueje de prueba.



> Á fuerza de rodar de siglo en siglo la oda ha concluído por desviarse de la naturalidad, de la forma sincera y espontánea.
>
> *Prólogo.*

Más de una vez cuando mi débil frente
lucha con las ideas obstinada,
la ví, cual forma humana, dulcemente
llamarme con el gesto y la mirada.

Más de una vez la ví flotar hermosa
vagando entre mi pluma y la cuartilla
como soberbia imagen de una diosa
que adoración pidiera á mi rodilla.

Y nunca la adoré. Nunca rastrero
quise arrojar el entusiasmo mío
entre sus férreos brazos prisionero:
nunca en sus vallas se encauzó mi río.

Á mí la sabia libertad del arte
que al par el molde y el objeto crea:
quiero ¡oh Poesía! sin cesar besarte
y que mi beso libre y vario sea.

Quiero la forma natural y llana
siempre sincera y espontánea y fácil;
si amo la oda griega y la romana
es cuando breve, cuando ingenua y grácil.

Mas esa falsa oda que se ciñe
con vueltas de abalorios la garganta
y la mejilla con carmín se tiñe,
y siendo fría entusiasmada canta,

esa es la cortesana impenitente
que finge amor no estando enamorada:
la poesía es pasión, pasión ardiente
jamás á la estrechez bien sujetada.

¡Libertad ignorante y primitiva,
arte moderno refinado y sabio,
si ha de vivir que por vosotros viva
el verso aborto de mi pobre labio!



LÍNEAS É IDEAS.

(1884 — 1886.)



EL PASO

DE

LA IMAGEN.

Sentado ante mi mesa y
[pensativo
pugno por escribir. Late en
[mi mente
la idea como el feto que
[impaciente
quiere tomar la forma del ser vivo,

moverse y palpitar. La ingrata rima
flota ante mí fantástica y gallarda,

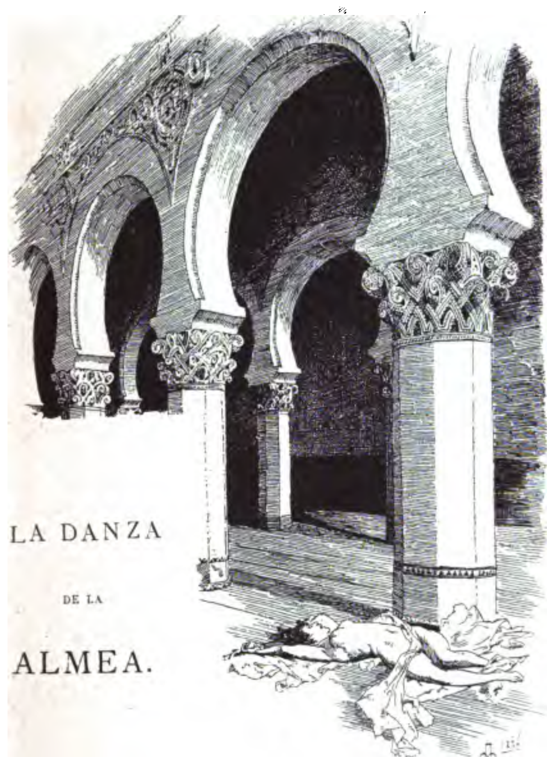
rica deidad que en su regazo guarda
joyas sin fin de la más alta estima.

De pronto me parece que una hermosa
esplendente visión cruza á mi vista,
visión en cuyos senos el artista
su labio siempre con afán reposa.

Es la imagen poética. Ante ella
mi cabeza ardorosa y aturdida
cual por maza gigante percutida,
á más no acierta que á besar su huella,

y es la pluma impotente á retratarla
é incapaz la razón de concebirla;
puede el deseo con amor seguirla,
mas no la mano atónita copiarla,

que es ella, en su grandeza, como nube
indecisa y hermosa y deslumbrante,
indomable al pincel: visión gigante
pasa, se pierde y por los aires sube.



Tiende la grácil y ondulante almea
las prendas de su traje sobre el suelo,
los brazos alza en dirección del cielo,
sonríe dulcemente y se cimbrea.

La línea de su cuerpo se conmueve,
huye la forma decidida y dura,
se difuma el contorno y la figura
con amorosa languidez se mueve.

Se mueve y animándose por grados
en giros rapidísimos ostenta
el ligero cendal que trasparenta
la color de los miembros delicados.

Al fin como avecilla aprisionada
que fuerza su prisión y tiende el vuelo,
rasga con gracia su postrero velo....
y cae muerta de hambrienta y de cansada.





PRIMAVERA.

En la rama más alta y
[más graciosa
de un árbol seco, el ruiseñor se posa

y da comienzo á su gentil cantata;
semejante es su voz, de una sonata

interminable, al inicial arpegio.
De heraldo es el pulmón; el aire regio.

Al oirlo los céfiros dormidos,
como á un mágico grito, sorprendidos,

despiertan á la luz de la mañana
que de los dedos de la aurora mana

tibia, primaveral. Vanse reuniendo
y el armónico canto recogiendo

tienden las alas y con él se alejan.
Su mensaje es de amor: sólo le dejan

al nido y á la flor y á los amantes;
al nido en que los pájaros temblantes

le escuchan como anuncio apetecido
de que ha muerto el invierno aborrecido

y es su muerte el comienzo de la vida;
á la flor que miedosa y aterida

á surgir sobre el tallo no se atreve
y de su verde cárcel no se mueve;

á los amantes que el cantar del ave
juzgan canción de amor grata y suave.

Y los céfiros blandos y ligeros
de la esperada nueva mensajeros

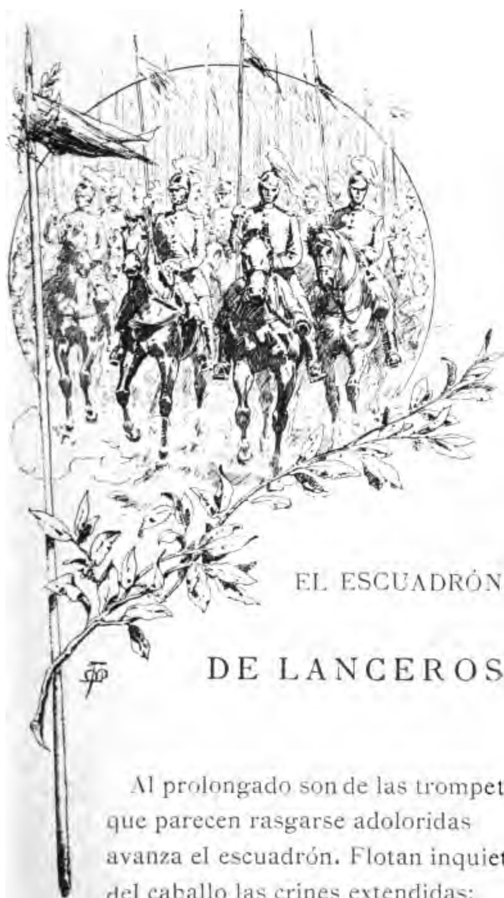
á través del espacio van volando,
las copas de los árboles rozando

en su vuelo tenaz, mientras graciosas
las diminutas hojas temerosas

se agitan murmurando torpemente
como coro de niños que, inconsciente,

balbuce una lección mal aprendida,
lección que es el objeto de su vida.





EL ESCUADRÓN DE LANCEROS

Al prolongado son de las trompetas
que parecen rasgarse adoloridas
avanza el escuadrón. Flotan inquietas
del caballo las crines extendidas;

hinchase su nariz para dar paso
al incesante resoplido, y rojos
como el vinoso fondo de algun vaso
ruedan dentro sus órbitas los ojos.

El soldado, marcial é indiferente,
la silla oprime y el bocado enfrena
mientras su lanza tersa y reluciente
semeja fuerte y levantada antena.

Y así adelanta el escuadrón, formando
un móvil bosque de desnudos troncos;
su andar van los caballos anunciando
de la herradura con los gólpes roncos.

Oye el rumor el pueblo y se detiene
para verlos pasar, mientras, curiosa,
en cuantas casas cada calle tiene
se ve surgir la faz de alguna hermosa;

flores de la guirnalda con que el paso
la patria á sus soldados engalana,
guirnalda que igualar no puede el raso
colgado en son de fiesta á una ventana.

Y del sol que en lumínicos cambiantes
sobre los hierros matadores juega,
á los bronceados cascos relumbrantes
un ósculo de luz entonces llega.





LAS

HOJAS SECAS.

Son de esas hojas que caen
los impulsos tan livianos,
que en cuanto un viento las besa
se le echan entre los brazos

y á su capricho viajan
ó en busca van de descanso
montaña arriba subiendo,
montaña abajo rodando.

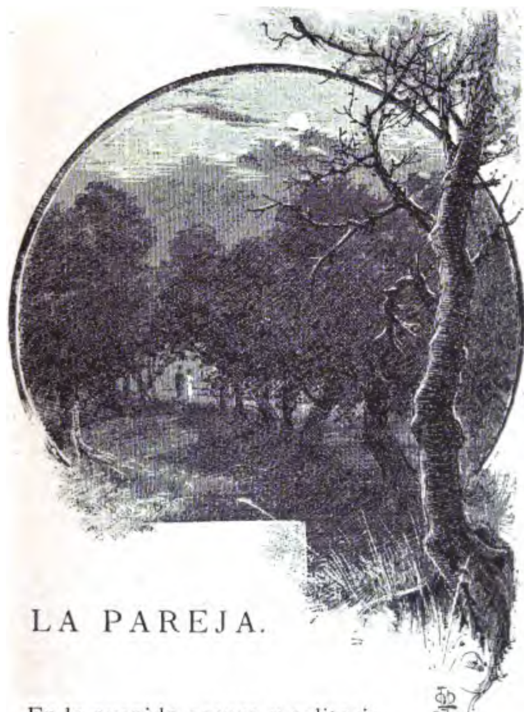
La tierra helada y desnuda
la calva frente alza á ratos
y como anciana sonríe
viendo un amor tan variado,

sonríe y al ver que pasan
hojas y vientos volando
acaso dude la anciana
si son amantes humanos.

Las hojas secas prosiguen
y en polvo se van trocando;
el viento, que es inconstante,
abre muy pronto los brazos

y caen las hojas secas
sobre el polvo de los campos,
el polvo que las espera
como á la hermana el hermano,

que polvo son ellas mismas
en forma de hoja volando.



LA PAREJA.

En la avenida oscura y solitaria
yacen las sombras como ninfas griegas
en el seguro y apartado bosque
á reposar tendidas en la tierra.

Las ramas de los árboles las cubren
en actitud de protección severa,
y en sus brazos inmensos y extendidos
permiten á las aves que se duerman.

De entre montes fantásticos de nubes
que imitan una oscura cordillera
se ve surgir de pronto allá en lo alto
con tranquilo mirar la luna llena,

que, posando en el borde de las nubes
por breve espacio la argentina huella,
se parece al viajero que á una cima
tras largo ascenso palpitante llega.

Y desde entonces todo es luz. Se inunda
el ancho espacio y dilatada tierra,
se aclara dulcemente la avenida
y un rayo gris se mece en cada hojuela.

Lejos, como una mancha sobre fondo
claro, pero indeciso, en que se mezclan
indefinibles tintas, se destaca
con borroso perfil una pareja.

Las sombras continúan en su sueño,
los árboles tendidos en hilera
fingen rígidas momias, é impasible
guarda la luna su sonrisa eterna.

Un ruiseñor con repentino canto
turba tan sólo aquella calma inmensa:
cuando pasa el amor, así en el mundo
le saluda en sus trovas el poeta:

y el mundo duerme, á su entusiasmo sordo,
y, en tanto, con su risa desenvuelta,
la humana estupidez muéstrase al día,
pasa entre sombras la pareja eterna.





LA ESTATUA

MEMNÓN.

Dominando la cálida llanura
cuyos límites fija el horizonte,
la estatua de Memnón rígida é inmensa
reposa eternamente el cuerpo enorme.
inexplicable, caprichosa, aislada,
como del cielo desprendida mole.

Cruza á sus piés atónito el viajero
que advierte allí la pequeñez del hombre.
y á su sombra también cual dócil gato
tal vez la fiera á descansar se pone.

Memnón, el gran coloso, indiferente
todo lo mira, como ajeno al goce
é insensible al dolor; sólo un momento
cuando en el borde ve del horizonte
la inmensidad del sol, se agita un tanto
y una salutación murmura entonces.

Y luego, en el silencio indefinido
y en la infinita oscuridad, de noche,
tal vez gemir, gemir de amor inmenso
el sorprendido páramo le oye,
de amor á la imposible compañera
con que sueña en partir sus largas noches.

El gran Memnón en tal instante envidia
la pequeñez de fieras y de hombres.



VISIÓN.

Palinodia romántica.

Es una extraña y
[triste fantasía
engendro del insomnio:
[tentadora
mil veces se ha mecido
[ante mis ojos
como una rara flor, negra y hermosa.

La he visto bien: una montaña inmensa
y toda oscura y descarnada toda;

ni un astro que la alumbre desde el cielo,
ni un árbol en sus flancos para sombra.

Y allá en la cima un gigantesco monje
en continua oración. A cada hora
pasaba entre sus dedos una cuenta
de un rosario de cráneos cuyas glorias
eran cráneos también como los otros,
mas en torno ceñidos de corona.

Y no paraba de rezar el monje,
y el inmenso rosario que en las sombras
interminable se perdía, á veces
le ví mirar con risa avara y torva.

Fué un momento no más: abrió el rosario
y sus mil cuentas aumentó con otra;
después volvió á rezar... y aun me parece
verle contar con cráneos nuestras horas.

Es una extraña y triste fantasía
engendro del insomnio; tentadora
mil veces se ha mecido ante mis ojos
como una rara flor, negra y hermosa.



LA TAZA

DE CAFÉ.



Sobre mi mesa á
[fantasear me invita
la aromática taza; en
[espirales
que al menor soplo
[tiemblan, generoso
el oscuro licor da el alma
[al aire.

Un corro de amorcillos juguetones
se agita y bulle en cada curva y salen

del negro moka sin cesar envueltos
en las blancas temblantes espirales.

Cruzan las manos y una danza empiezan
como grupo de espíritus errantes
en cementerio medioeval forjado
en el yunque romántico de un vate,

y del centro del grupo bullicioso
dominando la danza, sobresale,
dulcísimo tormento del poeta,
eomo una flor á medio abrir, la imágen.



BRINDIS DE INVIERNO.



OR las graciosas flores
que ojos y bocas de mujer imitan
y á los besos del céfiro se agitan
cual si fueran colgantes incensarios;
por los dulces y tiernos ruiseñores
vates campestres de atrevido vuelo,
por el profundo y despejado cielo
y el aire tibio de perfumes varios;

por el manto esmeralda
de las inquietas hojas atavío
y por las hojas mismas que va el frío
con hálito mortal acariciando,
y del color de la amarilla gualda
la frágil superficie revestida
van perdiendo cual tísicos la vida,
trónchanse al fin y caen revolando;

por los juegos sencillos
y dulces diversiones del verano,
por la playa que baña el Oceano
y á cuya orilla Amor venciendo pasa,
por el retiro humilde, de tomillos
y de pinos y encinas rodeado,
por su grato reposo no turbado,
por la ignorada campesina casa:

por toda la hermosura
de la estación más rica y deliciosa,
cuando en las copas el licor rebosa
una verted en la estación más fria.
una verted, poetas, y en la impura
ó en la severa mesa irreprochable
que el entusiasmo, en vuestros brindis hable,
de la muerta poesía.





EL POETA.

No sé qué raro perfume
da al mundo, al caer, la tarde.
cuando la luz se consume
del sol que lánguido arde.

Finge hermoso el horizonte
estar de sangre teñido,
parece más alto el monte
y el llano más extendido,

más bello el pintado cielo,
la tierra más soñadora
y más ambicioso el vuelo
de la facultad creadora.

Entonces abierta el alma
á la viviente poesía
que flota en la dulce calma
del agonizante día,

quizá en busca de hermosura
que copiar en sus canciones,
va, como máquina oscura
que siente sed de impresiones,

el pensativo poeta
abstraído y solitario,
siempre la mente sujeta
á su artístico calvario

y siempre hallando en la cumbre
una cruz odiada y sola
tan rica de pesadumbre
como pobre de aureola.

Después, cuando el alma llena
de imágenes delicadas,
da rienda suelta á su vena,
van quedando trasladadas

al papel una por una
y el poeta se imagina
que es creador, como la luna
tal vez piense que ilumina

con propia luz á la tierra.
¡Ay! el poeta es un vaso
en cuyo fondo se encierra
la poesía que á su paso

como lluvia va cayendo
desde el cielo dulcemente:
y el vaso la va vertiendo
para el mundo indiferente.



DEL NATURAL.

En la fuente de un
[jardín
he visto un Amor de
[mármol
que en vez de Neptuno
[puso
algún escultor ignaro.

Sobre una roca reposa
y tiene á sus piés el arco,
dijérase que viajaba
y le ha rendido el cansancio.

De pronto blanca paloma
en su desnudo regazo

como un niño en el materno
dulcemente se ha posado
y, copo ingente de nieve
caído allí por acaso,
quieta queda y que la mezcan
parece que está esperando.

Mas al ver que, indiferente,
sigue el amor, el torneado
brillante cuello levanta
y el pico pone en sus labios
mientras las otras palomas
que andan por allí jugando
páranse, miran el grupo
y con cierto arrullo extraño
parece que dicen:—Padre,
¿qué pasa? ¿estás enojado?

Entonces el Amor mira,
dulcemente abre los labios
y el tierno beso devuelve
á aquel pico sonrosado
mientras dice:—Vé, hija mía,
sé muy buena.... y sigue amando.



ESBOZOS.

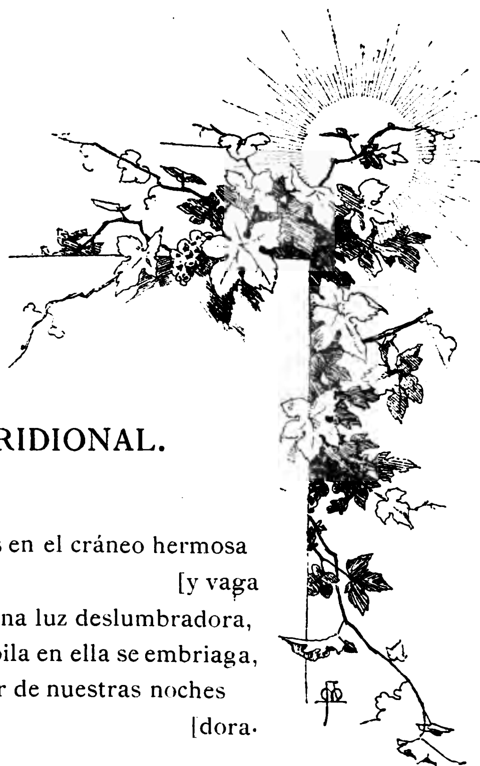
Brilla el sol; ni una nube lo
[empaña,
alegre está el cielo.
Por montes y valles
muellemente volando va el céfiro,
va volando y á todas las flores
prodiga sus besos:
cada una simula
pudorosa rehusarlos con miedo.

Los robles añosos, los graves olivos
arrugan el ceño,
se inclinan un poco
y diz que al oído murmuran al verlo.

Muere el sol entre oscuros celajes,
¡qué negro está el cielo!
por montes y valles
repentino huracán va rugiendo.
¿Conocéisme?—les dice á los robles
que arranca del suelo,
—¿me conoces?—repite
al olivo que troncha cual heno,

yo soy aquel aire galán y tranquilo
tan dulce otro tiempo,
yo soy aquel aire
doctor en amores, sección de los besos.





MERIDIONAL.

Llevamos en el cráneo hermosa
[y vaga
la idea de una luz deslumbradora,
nuestra pupila en ella se embriaga,
ella el soñar de nuestras noches
[dora.

¿Es tal vez el recuerdo persistente
de algo visto quién sabe cuándo y dónde?
Ó es no más un engendro de la mente
que en su seno nació y en él se esconde?

Nuestra idea es un sol inmenso y puro
fijo en mitad de un azulado cielo;
pálido es ante él, pobre y oscuro
el sol que abrasa nuestro ardiente suelo.

¿Quién con otro más límpido no alumbra
la mansión del cerebro? ¿Quién no aspira
á otra luz más brillante, sin penumbra,
que esa que en torno difundirse mira?

Quién no ha soñado si es soñar tan llano
en cielos de colores más azules
y en cada cielo un sol, tibio, cercano,
nunca cubierto de flotantes tules?

Azul, luz y calor en caos profundo
bullen en nuestra móvil fantasía;
hijos del sol y corazón del mundo
somos la raza, en él, del Mediodía.

Cuando del fondo del no ser rientes
sobre la faz del globo aparecimos,
bajó un rayo de luz á nuestras frentes
y de él la gracia inquieta recibimos.

Desde entonces, paseándole, los hijos
de nuestra raza, por el mundo vamos,
por doquiera en el sol los ojos fijos,
el sol, siempre inferior al que soñamos.

Somos los hombres del sentir de fuego,
hierve la sangre en nuestras ricas venas,
nuestro día es sin nubes ni sosiego,
nuestras noches sin duendes y serenas.





LA NOVIA.

La cándida doncella,
[preocupada
saborea el recuerdo de la
[fiesta:
sobre el brazo del novio se
[recuesta
y sonríe feliz y enamorada.

Su pié, de raso blanco revestido,
huella el umbral del templo suavemente,
mas todo el interior bulle en su mente
como en estraño sueño confundido.

Luces, colores, multitud curiosa
de gente distinguida y elegante,

la música monótona y vibrante,
del párroco la voz, honda y gangosa,

y aquel brillar de joyas y uniformes
y el aletear continuo de abanicos,
todo lo ve en su mente con más ricos
tonos y al par contornos más informes.

El novio la contempla con dulzura,
su brazo oprime blandamente y luego
ardiendo la pupila en raro fuego
algo á su oído con amor murmura;

ella levanta la gentil mirada
cual queriendo besarle con los ojos,
entreabre algo más sus labios rojos
como incisa granada

y se promete en su interior, muy quedo,
amarle.... ser la reina de la moda....
y á partir de la boda
escotarse algo más... cosa de un dedo.



SUEÑOS.

Palinodia romántica.

Tal vez en el alma triste,
soñadora y delicada,
de alguna vida pasada
perenne el recuerdo existe;

tal vez por eso en la mente
del inspirado poeta
late una pena secreta
que palidez da á su frente,

y es que el recuerdo tortura
su más altas facultades
al ver aquí realidades
que riñen con la hermosura.

En otro mundo distante
é ignorado de la tierra
quizá otra dicha se encierra
más completa y más constante,

y en él acaso yo he sido
un dichoso caballero
que en un castillo altanero
amante y sólo ha vivido,

siempre dispuesta la espada
á alguna empresa azarosa
y de la gentil esposa
siempre el alma enamorada.

Al pensar en esa vida
paréceme que á un destierro
fué en castigo de algún yerro
mi existencia sometida,

y al ver la pompa mundana
brindándome con su brillo,
me acuerdo de mi castillo,
recuerdo mi castellana.



EN EL JARDÍN

ZOOLÓGICO.

Darwiniana.

Medita el buho; la lechuza, [erguida
cual sobre alfombras en su tosco palo,
ostenta su blanquísimo chaleco,
guante amarillo y casacón dorado.

La grulla con el pico bajo el ala
y el cuerpo en una pata descansando
semeja un haz de plumas sobre un chuzo;
un trofeo burlesco, algún sarcasmo.

El antílope tímido y gracioso
se mueve sin cesar con el recato
de una joven ansiosa por hurtarse
á la estúpida vista de los vagos.

El ciervo se pasea; el árbol seco
que en su cráneo se arraiga, va mostrando
seguro en su elegancia; el elefante
por encima del hombro mira á ratos.

Y un corpulento orangután contempla
á un corro de nodrizas y soldados
gozándose en los juegos de los niños
cual gozan con sus nietos los ancianos.





TARDE DE LLUVIA.

Abierto el ancho seno de las nubes
que en negra cambian la color nevada,
y trocado el contorno pintoresco
en una inmensa amenazante masa,

monótona la bóveda celeste
hora tras hora se deshace en agua
y la tierra abrumada bajo el peso
abre sus poros y la absorbe exhausta.

El lejano horizonte desparece
como si denso velo lo ocultara,
y al par también va hurtándose á los ojos
su inseparable amiga la montaña.

La inmensa red de cristalinos hilos
desde la altura undivagando baja
y un infranqueable círculo de hierro
traza á la vista, al movimiento traza.

La vida, cual las aves que á sus nidos
temblando se recogen espantadas,
parece refugiarse temerosa
bajo el seguro techo de las casas,

bajo el débil amparo de los bosques
ó en oscuras guaridas subterráneas,
y al huir de los campos me parece
que en mi cerebro se concentra y guarda.

Así después de la fecunda lluvia
con nueva vida al sonreir la planta
quizá una vez florecerán mis versos
ricos de aroma y de frescor y savia,

y al balancearse en indeciso ritmo
mostrando la corola delicada
acaso finjan que una perla encierran
alguna gota al conservar de agua.



¡ADELANTE!

A través de los
[montes,
á través de los
[valles,
va corriendo el riachuelo
y tras él vuela el aire.

A su paso las flores
le sonríen amantes,
le sonríen y duda
si seguir ó pararse.

¡Adelante, con fuerza
grita el viento, adelante!
y las flores se mustian
ante el agua que parte.

Poco á poco el riachuelo,
engrosando su cauce,
será río y al cabo
á la mar lanzaráse;

mas ¿qué importa? al hundirse
será inmenso su cauce:
¡adelante! que el agua
se encenaga al pararse.

A través de los montes,
á través de los valles
al riachuelo que avanza
grita el viento ¡adelante!

y en mi pecho resuena
su estribillo implacable....
– contra flores y rocas
lucha ¡hermano!: ¡adelante!



Hay en el mundo una mujer sencilla
y buena y amorosa,
el primer ser que puso en mi mejilla
como un sello su boca cariñosa.

Ella anudó su brazo á mi garganta
primero que otro alguno,
y fué aquel nudo la cadena santa
con que Dios hace de dos seres uno.

Hay en el mundo una mujer que llora
cuando un dolor me oprime,
y el llanto de algún ser que nos adora
¿de qué dolor cruel no nos redime?

—Parte, me dijo esa mujer un día,
sé honrado y bueno.... ¡y grande!

déjame por volar tras la poesía
y que tu mente la ambición agrande;

y poniendo en mi frente un dulce beso
sus labios temblorosos,
dejó mi corazón entre ellos preso
y avivó mis ensueños ambiciosos.

¡Madre! de las silvestres amapolas
sin arte y sin aroma
que por temor de que se mustien solas
recojo en haz, la mejor parte toma,

la mejor y con ella una diadema
tejáte Amor, su padre;
¡así fueran mis versos un poema
tan grande como el beso de una madre!



AMOR.

(1880 — 1886.)



Yo sé de un mirar dulce y
[malicioso
en que brillan relámpagos
[fugaces,
como en mitad de un cielo de verano
al caer de la tarde.

Yo sé de una rosada y linda boca
que blandamente al sonreir se abre
y un riconcito de la gloria muestra
entre sus dos granates.

Yo sé de un cuello que con tierno mimo
se inclina á un hombro cándido y suave

y en posición hermosamente oblícua
pone á una frente de ángel.

Yo sé de un corazón que, entre sus garras,
tiene asido una esfinge impenetrable,
yo sé de un corazón al cual el mio
si ha de adorar ó maldecir no sabe,



I.

LAS PRIMICIAS.

I.

Cuando, sentado allá en el monte, escucho
entre los pinos susurrar el viento,
su voz, ayer á mis sentidos muda,
hoy me detiene y que me llama creo.

Cuando al cruzar por el tendido llano
surge á mi vista juguetón riachuelo,
un rostro busco en su corriente pura
y no es el mío el que mirar pretendo.

En monte y llano y en riachuelo y aire
perdidas notas de una voz encuentro,
voz que he escuchado, mas ignoro dónde,
voz que conozco y me sorprende á un tiempo.

Su dulce timbre el corazón me agita,
siento que oprime mi anhelante pecho
y que al impulso de ignorada mano
lo ensancha dulce y sonriente luego.

¡Alma y eterna y vencedora Venus,
de la Belleza insuperable verbo,
llegas á mí, te reconozco incierta
al vago son del perezoso vuelo,
ya tu enervante y deliciosa sombra
sobre mi frente dilatarse siento.



II.

Es un vago tormento inexplicable,
conmoción de los nervios y del alma,
es como un ser entrado de improviso
para agitarlas sólo, en las entrañas.

Es una rara aspiración, un algo
que al corazón y al pensamiento falta,
como un deseo de volar nacido
de sentirse en el cuerpo brotar alas.

Y es también la nostalgia, silenciosa
y dulce compañera de las lágrimas,
virgen que lleva Amor en su cortejo
cuando triunfante por los aires pasa.

Y es el insomnio demacrado y triste
de alas de plomo como tal pesadas,
de vuelo eterno, de incansables ojos,
de faz cruel y cual la faz el alma.



Es el grito sublime de la vida
que por las venas impaciente salta,
es la agitada gestación de un beso,
es el Amor que en mí su trono instala.

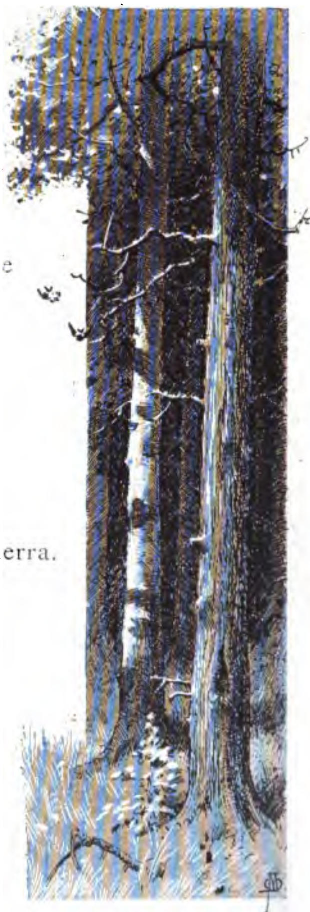


III.

A lo más hondo del bosque
pide el ave su pareja,
en la más oculta rama
teje su nido con ella.

Al rincon más ignorado
mi pensamiento así vuela
desde que he visto los ojos
de un ángel que hay en la tierra.

1882



IV.



Su frente es una línea
[irreprochable
de un aspecto dulcísimo y
[severo,
línea que al fin en desviación
[amable
baja perdiendo el continente austero.

Sus ojos son cual vasos incitantes
en cuyo fondo dulce gota oscila,
gota de preciosísimos cambiantes,
como el mar ya serena, ya intranquila.

Los labios armoniosos y pulidos
fingen luego una joya combinados,
el uno al otro con pasión unidos,
mutua y eternamente enamorados.

9

Y el cuerpo es lleno, y la gentil cintura
que el ritmo copia de la móvil palma
tiene al andar la no aprendida holgura
que, tras los ojos, aprisiona el alma.

Y es breve el pie, la linda tez rosada,
y, todo ese conjunto delicado,
ligero y grácil como estrofa alada
que hubiera un dios heleno cincelado.



V.



En búcaro gentil, sobre una mesa
del humilde salón,
esparce generosa sus aromas
blanca, sencilla flor.

El búcaro y la flor son á su dueña
lo que la luna al sol:
un trasunto no más. Los dos modelos
el cuerpo y alma de la bella son.

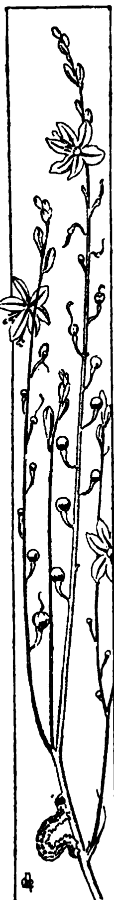
1882.

VI.

He cogido papel para escribirte,
he escrito dos palabras nada más,
y he tirado la pluma y no he podido
la comenzada carta terminar.

Y entonces, con el alma entre los labios,
tras esas dos palabras del comienzo,
no he puesto ni una más, mi firma he escrito
y he sellado la carta con un beso.

1882.



VII.

¡Qué admirable pintor el que colora
con hermosura tal el alto cielo
cuando tiende por él su dulce vuelo
la virginal y sonriente aurora;

el que á la tarde dió la nube albina
y la nube de fuego y la rosada,
el que puso en tu rostro combinada
tanta color albórea ó vespertina!

A veces, al mirarte, un insensato
mas dulce sueño de poeta amante
surge en mi fantasía delirante,
tentador surge y la ilumina un rato.

Y dice el sueño que el artista ignoto
autor del cielo y de tu linda cara
antes que al éter su pincel llevara
pintó ese rostro cuyo molde ha roto;

vió su pincel en el color teñido
de cada rasgo y armoniosa parte,
y en el cielo enjugándolo con arte
quiso librar tus tintas del olvido.





VIII.

Una tarde de invierno triste y fría
y en ella cual visión de primavera
tu cara sonriente y hechicera
brillando en el salón frente á la mía.

Y á tu lado mis dulces pensamientos
rindiéndote homenaje cortesanos
y pidiendo á tus ojos soberanos
benévola acogida á sus intentos.

Y luego al alejarse altiva y grave
mi corazón volando en torno tuyo,
su propia voluntad y el volar suyo
midiendo por tu andar firme y suave,

como el halcón domado sabiamente
y que esclavo de altiva cazadora
las huellas sigue á su feudal señora
ó en sus hombros se posa dulcemente.

¡Qué plácido recuerdo que á la vana
turba de los demás no ha de inclinarse;
qué cuadro destinado á no borrarse,
qué dulce evocación para mañana!







IX.

A los ecos de ese piano
todo un mundo de recuerdos
brotar siento en mi memoria,
y otro de ignotos deseos
siento que surge á la vida
y bulle dentro mi pecho.

Sobre el primero columbro
á orillas del mar un pueblo,
en él un jardín que cerca
y adorna una casa, y dentro,

cien juveniles parejas
que rebosando contento
pasan como mariposas
entre los floridos tiestos,

mientras en el peristilo
las madres hablan... del tiempo,
aunque al mirar las parejas
piensen sólo en casamientos.

Sobre la escena derrama
su luz con dulce misterio
la luna como si el baile
fuera de hadas y genios.

Sobre el otro mundo ignoto
que brota dentro mi pecho,
destacándose en la sombra
de oscura noche de invierno,

distingo en calle que encharca
el agua que cae del cielo,
un caserón, un palacio
en que atrevido penetro.

En él por vastos salones
cruzar bellas damas veo
valsando en rápido giro
con hombres de grave aspecto.

Si un tesoro es su tocado,
sus encantos no son menos;
si cada una fascina
el todo parece un sueño.

Sobre la escena desciende
un mar de luz desde el techo
que al dar en cada brillante
en cien rayos es devuelto.

Salgo del palacio y fuera
el cielo oscuro y lloviendo;
por la calle solitaria
cruza solamente el viento.

1882.



X.

El primer rayo que á la tierra envía
el almo Sol, es siempre el más suave;
la estrella más hermosa y la más clara
la primera que nace.

La flor que más temprano en primavera
se mece sobre el tallo exuberante
es la que más el viento enamorado
en halagar se aplace;

La primera mirada, el primer beso,
son siempre los más dulces y agradables,
como la linda flor, como la estrella,
como el rayo suave.



XI.

Pasaba encantadora esta mañana
por su lindo jardín la amada mía,
cuando el céfiro tierno y cortesano
llegó á sus pies y se inclinó en seguida.

Besó la frente soñadora y dulce,
la mal domada cabellera riza,
y como esclavo á sus ligeras plantas
tornó á postrarse en actitud sumisa.

—Mi dueña eres, murmuró—de alfombra
mi blando pecho á tus pisadas sirva,
que yo he de erguirme á abanicarte luego
cuando airosa te alejes, reina mía.—

En tanto, como manos diminutas
á verdes brazos por capricho unidas,
las flores del jardín rítmicamente
á izquierda y á derecha se movían,

á izquierda y á derecha preocupadas
en copiar los contornos de mi niña,
las puras curvas de su lindo cuerpo,
las curvas, esas reinas de las líneas.



XII.



Guarda la mar las conchas en su seno
y las esconde en la menuda arena:
así tu pie se esconde entre tus faldas
que, codiciosas, ni entreverle dejan;

guarda tras manto de apiñadas nubes
escondida su luz el firmamento:
así guardan tus párpados sedosos
la encantadora luz de tus ojuelos:

guardas tu misma en codiciado estuche
las perlas que tus joyas engalanan:

así tienes también las de tu boca
en estuche de rosas resguardadas;

y guardan un tesoro de perfumes
las flores en su cáliz delicado,
como de puros y amorosos besos
hay un tesoro entre tus dulces labios.

1882.





XIII.

Como te mando suspiros
siempre en las alas del viento
quisiera poder hallar
para una flor mensajero,

y éste quisiera que fuese
el pico rojizo y bello
de alguna blanca paloma
sin mancha cual tus ensueños.

Entonces yo le ataría
en torno á su grácil cuerpo
un papel que así dijera:
—Una flor, niña, es el templo

más encantador de cuantos
tiene Amor aquí en el suelo,

que en él celebran estambres
y pistilos su himeneo,

y el aire al pasar les canta
un epitalamio eterno.—

1882





XIV.



Regresaba á mi hogar, niña
[querida,
al caer de una tarde de verano
y mientras iba pensativo y solo
por la empolvada carretera
[andando,

su eterna sinfonia de las noches
de repente los grillos empezaron
y las gárrulas cañas de un torrente
un buen trecho estuvieron murmurando.

Alcé la frente y reprimí el aliento,
el oido agucé, detuve el paso,
y ví dos tortolillas arrullarse
entre las ramas de un pinar cercano.

Entonces comprendí por qué los grillos
sus estridentes risas comenzaron,
y comprendí tambien por qué las cañas
tanto trecho estuvieron murmurando.

Mas la feliz pareja ni un instante
de grillos ni de cañas hizo caso
siguiendo en sus arrullos que yo oia
lleno mi pecho de indecible encanto.

Y el tiempo transcurrió... y allá á lo lejos
el disco de la luna fué asomando,
y ni pararon de reir los grillos
y ni las cañas de charlar pararon,

ni la amante pareja pensó nunca
de risas y de charlar en hacer caso
mientras pinos hubiera en que arrullarse,
mientras brillara de la noche el astro.

Así tal vez con nuestro dulce idilio
y el miserable mundo ha de pasarnos,
y hemos de oir la risa maliciosa
de hombres sin corazón que nunca amaron,

y hemos de oir el murmurar odioso
de gárrulas doncellas de cien años,
mas como las dos tórtolas del bosque
no hagamos ni un instante el menor caso

y amémonos, mi bien, con toda el alma,
que ante el placer de amar y ser amado,
¿qué me importa de grillos ni de cañas
aunque estuvieran siempre murmurando?

1882.

XV.

Mis amigos me preguntan:
¿Por qué más que en el bullicio
tu juventud se complace
en soledad y retiro?

No saben ¡atolondrados!
no comprenden mis amigos
que estoy yo mucho más solo
en medio de su bullicio

que entre las cuatro paredes
en que rodeado de libros
¡oh, cuán bien acompañado
con tu imagen siempre vivo!

1882.

XVI.

Una lágrima, una sola
de las cien que has derramado
está cual gota de plomo
sobre mi pecho pesando,

y es que ésta por culpa mía
en tu cutis de alabastro
se deslizó silenciosa
hasta esconderse en tu mano,

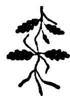
sin que otra lágrima entonces
esa valla de mis párpados
cual la tuya transpusiera
para irla acompañando.

—¡No llora viendo que lloro!—
mil veces habrás pensado,

mas no, yo también lloré
mal no corriera mi llanto,

que hay lágrimas que no salen
porque no abrasen los párpados.

1882.





XVII.

Ayer en tu tejado
nació una golondrina,
y hoy muerta en tu ventana
cayó la pobrecita.

También en tu cerebro
nació la imagen mía:
que al corazón no caiga
muerta cual la avecilla.

1882.

XVIII.

Quisiera estar al lado tuyo siempre
como pegado al cuerpo va la sombra,
quisiera estarlo cuando amable ríes,
quisiera estarlo cuando triste lloras.

Quisiera que mis ojos recogieran
la dulce luz que de los tuyos brota,
quisiera que mi mano fuera el urna
del llanto que ellos vierten guardadora.

Quisiera sobre todo estar sentado
entre mi madre y tú horas y horas
viéndote hacer prodigios con la aguja
y oyendo vuestras pláticas sabrosas,

para sentir así la dulce pena
de oirte y de mirarte tan hermosa
sin poderme arrojar entre tus brazos
para cerrar la tuya con mi boca.

XIX.

¡Cuántas veces pensando he levantado
la vista del papel ó de los libros
y á través de un cristal de mi ventana
blanquísima casita he distinguido
perdida allá á lo lejos en un bosque
como blanco vellón en un espino!

¡Cuántas veces pasando como el viento
á través de los campos, conducido
en alas de la audaz locomotora,
he fijado la vista con cariño
en la pobre cabaña donde viven
el guarda-aguja, su mujer y un hijo!

Y al ver la casa blanca allá á lo lejos
he envidiado á los pobres campesinos,

y al ver pasar tan cerca la cabaña
volverme guarda-agujas he querido,
y hacerte mi mujer en los dos casos
para vivir allí sólo contigo.

1882.



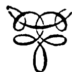


XX.

Es una rauda visión
que por mi mente ha cruzado:
éramos casi dos viejos
y yo te estaba besando.

Alguien mi loco cariño
acertó á ver por acaso,
y yo decía riendo
de ver que estaba admirado:

¡Qué niños! ¿verdad? ¡qué niños!
(y aquí te daba un abrazo)
¡qué locos somos ¡qué locos!
(y te seguía besando.)





XXI.

Hay en mi amor un momento
en que á la Esperanza muerta
en la fosa del olvido
el vil Desengaño entierra.

Cual cortejo funerario
tristes la fosa rodean

mis doradas ilusiones
ostentando tocas negras.

A los últimos puñados
de húmeda y musgosa tierra
con que el vil sepulturero
el hoyo implacable ciega,

las hermosas enlutadas
algunas lágrimas dejan
caer rodando en silencio
sobre aquella tumba nueva.

Y en mi corazón al punto
con profundísima huella
rápidamente una mano
escribe calenturienta.

Cuando la mano ha pasado
se ve escrita esta leyenda
como allá en el viejo Dante:
—«La vida nueva aquí empieza.»—



XXII.

Un cielo azul; dos palomas,
muy lejos un campanario:
á tejer en él su nido
va la pareja volando.

Suena un tiro, herida cae
una de las dos, y en tanto
que ella se muere, la otra
sigue volando, volando.

1882

II.

ESTELAS.

Hace ya muy largos años
que en todas partes te veo,
pero no tal como eres,
sino según mi deseo.

Cantar de Augusto Ferrán.



I.

Como de rica estancia que al olvido
y soledad á condenado el dueño,
á nuevos muros demandando nido,
bajo otro techo conciliando el sueño,

mi corazón en que el amor reinara
como en trono de púrpura brillante
que un rey advenedizo conquistara
pero que el hado destronó al instante,

cuando se abre hoy á la memoria
del tiempo viejo y á la par cercano,
siente de aquella dicha transitoria
y de aquel goce, por fugaz, humano,

desprenderse una atmósfera suave
de rosas secas y tapices viejos,
y es ella para mí cantar de un ave
que habla de tierras que hay allá... muy lejos.

1884.



II.

Fué el despertar de un corazón de niño
en que hervían del hombre las pasiones,
en que un tesoro inmenso de cariño
se gastaba en rosadas ilusiones,

fué aquella vaga indescriptible aurora
que cual la hija del sol en la mañana
es acaso la más encantadora
que concede el amor al alma humana;

tú llegaste radiante de hermosura
y de aquel despertar la diosa fuiste,
la diosa que con lánguida dulzura
besó mi frente soñadora y triste,

y yo te amé con el amor inmenso
de un alma juvenil al amor nueva:
fuiste el ídolo tú, yo fuí el incienso
yo fuí el eterno Adán y tú la Eva.



III.



Todo ha pasado entre los dos y al verte
he creído que no:
como en aquellos tiempos tan felices
me aletea gozoso el corazón.

¿Te acuerdas de las tardes domingueras,
premio y cebo á la par de nuestro amor,
en que el tren me tomaba entre sus brazos
para dejarme luego en tu estación?

Cual ora un algo en mi interior se agita
se agitaba también; tibio y veloz,
por el mar de mi sangre adolescente
cruzaba un rayo de fecundo sol.

Después los días, los crueles días,
asesinos del hombre y del amor,
pasaron como tribu asoladora
por nuestro idilio y la pasión murió.

Mas hoy que nuestras manos no se enlazan
ni los ojos se dicen tal pasión,
te he visto, te he adorado unos instantes
y sé que es inmortal mi antiguo amor.

Todo ha pasado entre tú y yo en la forma,
mas en el fondo no,
como en aquellos tiempos tan felices
aun logras agitar mi corazón.



IV.

De memoria te sé. Bajo mi frente
hay un seno recóndito y tranquilo
en que tu linda imagen blandamente
se agita y brilla, como en terso lago
la imagen de la luna sonriente.

Y hay en mi corazón una honda huella
por tu ligera planta producida
cuando flotas sobre él lánguida y bella,
como oriental almea que se mece
sobre un tapiz enamorado de ella.

Estudié con amor tan sin segundo
el libro singular de tus hechizos,
que es raro que se junten en el mundo
escolar tan seguro de su ciencia
y libro tan ligero y tan profundo.

Hoy de mi mano el ejemplar ha huído,
mas su fondo se guarda en mi memoria,
y como mío en otro tiempo ha sido
lleva escrita mi firma en su conciencia
cual yo le llevo á él bien aprendido.



V.



Cual diminuta flor de *No me olvides*
irá á tu mano mi canción acaso,
hermosa niña de los ojos verdes
que sembraste en mi alma el desengaño;

irá á tu mano mi canción y al verla
los recuerdos vendrán apresurados
á rendirle homenaje, como á antigua
y amada soberana sus vasallos.

Tal vez tu corazón por un instante
se estremezca también y advierta al cabo
que lazos que desliga la cabeza
quedan más flojos, pero siempre lazos.

Tal vez nuestro cariño de otros días
renazca en tí, como al fecundo rayo
de luz solar la marchitada planta
hiergue otra vez sobre la tierra el tallo.

Entonces una chispa de tus ojos
herirá mi canción.... y ella al contacto
triunfante creceráse.... y tus caricias
carcajada cruel tendrán por pago.

La diminuta flor de *No me olvides*
tal vez entonces quemará tu mano.





VI.

Ha muerto el sol. En su sangre
hanse las nubes teñido;
su lenta agonía ha sido
igual á la del herido
que tiñe el lecho en que muere,
y hasta tanto que la noche
no lo oculte presurosa,
parece que el color rosa
como una herencia preciosa
conservar el cielo quiere.

Ha muerto el sol, pero dura
su resplandor todavía,
y en esa muerte del día
¡cómo habla la poesía
y despierta el sentimiento!

Con un libro en las rodillas
y en él tu efigie alumbrada
por esa luz desmayada,
¡cómo tu gracia adorada,
y á la vez odiada, siento!

Mas en la cumbre del monte,
como dríada importuna
que envidiara mi fortuna,
surge de pronto la luna,
quiere hasta mí descender,
y, apoyándose en dos pinos,
su faz entre blanca y gualda
mira del monte á la falda
por encima de mi espalda
como diciéndome:—«¿A ver?»—





VII.

Blanco como azucena el gabinete,
y en él, cual gota que cayó del cielo,
sencilla, angelical, sentada al piano
una niña de pueblo.

y á un lado, acompañando los sonidos
con el pie mas ya medio soñoliento,
el padre de la niña, y á otro lado,
extático, suspenso,

un joven indeciso entre escucharla
ó mirarla ó no mas, con embeleso...
y es la niña hermosísima, y el cuadro
tiene un tinte risueño....

He aquí una simple, una vulgar escena
que ocupa más de un juvenil cerebro;
yo sonrío, cual otros, al pintarla,
mas siéntola aquí dentro.





Alguna vez—¿no lo recuerdas?—juntos
leíamos un trozo de novela:
era un duo perfecto, nuestras almas
siempre albergaban una misma idea.

Cuando tú alguna vez te distraías
me distraía yo, palmaria prueba
de que el libro era insulso, sin talento,
esto es, sin Romeo ni Julieta.

Cuando á tí el corazón se te agitaba
se me agitaba á mí. ¿Te acuerdas? Era
siempre momentos antes de mirarnos
y cogernos las manos con terneza.

De pronto me decías cariñosa
con la hoja del libro entre las yemas
del índice y pulgar:—¿has acabado?
y yo gozaba viendo la impaciencia

con que, ya vueltas las leídas hojas,
curiosa te lanzabas á las nuevas:
siempre eras tú la que mejor leías
y llegabas al fin con más presteza.

Yo me atrasaba; tu gracioso rostro
era rival temible de las letras,
¡cuántas veces en él y no en el libro
busqué el final de comenzada escena!

¿Por qué pasó aquel tiempo? ¡Eran entonces
tan dulces mis lecturas de novela!
Leídas por tus ojos y los míos
¡cuántas, sin serlo, reputamos bellas!



IX.

Distante como le veo,
nuestro amor se me imagina
recuerdo de una marina
expuesta en algun museo.

Hay en el fondo una playa
hermosísima y tranquila,
azul como una pupila
y que orla una blanca raya.

Luego en la orilla, rozando
con el agua que se aleja,
cruza una jóven pareja
sonriendo y conversando.

Y á un lado triste y serena
la luna sus rayos vierte....
y un pilluelo se divierte
en hacer torres de arena.



X.

El puro, el delicado perfil griego
de la hermosa nariz, la línea ondeante
de la boca risueña, el dulce fuego
de aquel mirar sereno y siempre amante,

todo en mi alma con tan fuerte mano
grabó el Amor para tormento mío
que pasa, el Tiempo destructor, en vano,
pues torna ante tu imágen dulce y pío.

Asomado, el recuerdo, á mis pestañas
busca en el mundo semejantes suyos;
yo siento la impresión en mis entrañas
cuando él en otros rasgos ve los tuyos;

yo le siento temblar y conmoverse
cual la hoja mecida por la brisa

y en ensueños de amor embebecerse
y sonreir con plácida sonrisa,

mas le siento tambien, año tras año,
verter más de una lágrima furtiva,
y esa á mi corazón va por mi daño
y de ventura y de calor le priva.



XI.



Es rubia como las mieses
y rosada cual la aurora
cuando el sol besa á las unas
y ruboriza á la otra.

Cuando peina su cabello
y con arte lo coloca
sobre su frente, parece
que la ha llenado de joyas;

si aquél es hilos de oro,
ésta es tejido de rosas;
que es rubia como las mieses,
rosada como la aurora.

Vivimos frente por frente;
nos vemos á todas horas,

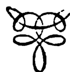
cuando yo al mío me asomo,
ella á su balcón se asoma....
mirarnos.... no nos miramos...
pero nos vemos de sobra.

Nuestros ojos son amigos
y se dicen muchas cosas,
pero ella piensa en su novio,
yo en tu sonrisa graciosa,
con toda el alma ella quiere,
yo con toda mi memoria,
mas como somos vecinos
nos vemos á todas horas.

A veces cuando el recuerdo
de tu imagen seductora
más tenaz y más hermoso
dentro mi cerebro flota,

hallo en mi mano la pluma
y de ella los versos brotan
mientras allá al otro lado
de la calle, oigo las notas

de un piano en que mi vecina
melodiza su alma hermosa
á veces, cuando recuerda
otra imágen seductora.



XII.

Mi pasión es un libro colocado,
de un bibliómano terco, en el estante
más cercano á su mesa; enamorado
hojéale su dueño á cada instante.

Y es lo mejor del caso que no alcanza
á descifrar su texto peregrino,
y aunque no pierde nunca la esperanza
va ya perdiendo la razón y el tino.

Mas el libro le atrae fatalmente
y el pobre sabio en su pasión ignora
si es *un amor que odia*, lo que siente,
ó si es un odio que, en el fondo, adora.

XIII.

Recorrer descuidado y perezoso
el circular camino de la vida,
puesta la mente en otra mente amada,
la mano puesta en otra mano amiga;

despreciar cuanto el mundo con anhelo
aprecia y loa y conseguir ansía,
más bien que por ser bueno y ser hermoso
porque cual talco al agitarse brilla;

y en ignorado y rústico retiro
ir á esconder con sórdida avaricia
el envidiable y no vulgar tesoro
de una felicidad dulce y tranquila,

es un sueño hermosísimo y antiguo
que en mi cerebro eternamente anida

y con dulce rumor las alas bate,
con un dulce rumor de fresca brisa.

Mas sentir en lo íntimo del alma
afán de lucha y ambición impía
é impaciente pensar en la pelea
al rumor de las armas que se agitan;

ser como el indigente que desprecia
el oro vil... que sin cesar codicia;
flotar como una nave entre dos olas
de empuje igual y dirección distinta;

querer hundir la frente allá en las nubes
y en la tierra tener la planta fija...
es tormento que mata y que yo adoro
aunque estéril tal vez haga la vida.



XIV.



ALIMOS: era el día de
[difuntos
y el cementerio visitamos
[juntos,
enlazados los brazos
[dulcemente;
los que nuestro noviazgo conocían,
(amigos, nada más) nos sonreían,
al saludarnos cariñosamente.

El pueblo, de noticias siempre hambriento,
al ver en perspectiva un casamiento
con curioso interés nos contemplaba
y apenas con la vista nos seguía,
que ya por sus miradas se entendía
cuánto su corazón nos envidiaba.

¡Ah! cuando vuelvan á la madre tierra
nuestros cuerpos hermanos, hoy en guerra,
después de tanto amor hondo y constante,
que al lado uno de otro nos entierren,
con igual losa nuestras tumbas cierren
y un árbol mismo las cobije amante.

Entonces en las noches que la luna
brille como lumínica laguna
sobre el campo del cielo ensombrecido,
enlazados los brazos angulosos,
juntas las bocas, más que bocas fosos,
de un fuego fatuo cada cuenca nido,

tambien acaso pasearemos juntos,
como en aquella tarde de difuntos,
por las fúnebres calles de cipreses,
mientras los otros muertos, admirados,
levantarán los cráneos descarnados
para vernos pasar como otras veces.

XV.

Cuando en las noches de luna
eterno amor nos jurábamos,
allá á lo lejos se oía
el chasquido acompasado
de las olas que en la playa
se estrellaban murmurando.

Cual si las olas supieran
que mis sueños eran vanos
y, á coro, con carcajadas
quisieran acompañarlos.

* * *

El mar al fondo; la devota ermita
internándose en él sobre una roca
tal como monje en oración bendita;
la negra barca con su blanca toca,
y el pueblo acurrucado tras la ermita;



todo, un amor sencillo demandaba
tan dulce al corazón como el rocío
á la naciente flor: sólo faltaba
arrancar la ambición del pecho mío
é infundirte el amor que me sobraba.

* * *

Ha de haber en el fondo de tu alma
como rayo de luz entre penumbra
un resto del amor del alma mía
que olvidado tal vez quedó en la tuya.

Por esto, á mi pesar, en tus pupilas
quieren las mías anegarse: buscan
el pedazo de alma que me falta
y olvidado tal vez dejé en la tuya.

* * *

Sobre tu frente de nácar
flota el rizado cabello,
tal sobre hermosa colina
flota de la niebla el velo.

Una cruz cuando suspiras
se mece sobre tu pecho,
tal sobre una mar en calma
el confiado barquichuelo.

Sobre tu mano posóse
mi corazón breve tiempo....
como mariposa incauta
perdió la vida en tus dedos.

* *
*

Si alguna vez, cuando la tarde muere
por amor á la luz y odio á la sombra,
viniera entre tus manos á posarse
mi canción amorosa,

entiende que en los cantos del poeta
cruza siempre una niña encantadora
y esa niña ni es toda un vago sueño
ni realidad es toda;

sabe que mi canción canta tus gracias
y los ensueños que mi mente forja,

y que el mejor retrato que tú tienes
existe en mi memoria.

* * *

Tal vez no fué un motivo verdadero
lo que rompió nuestros amantes lazos,
sino sólo el pretexto en que se escuda
el amor, cuando muere de cansancio.

Tal vez; pero en el fondo de mis ojos
tan hondamente se quedó grabado
tu lindo cuerpo, que á despecho mío
ni otros amores pueden ya borrarlo.

Y es un tormento que avergüenza y mata
luchar con la memoria del pasado
cuando el pasado es digno del olvido
y no basta el propósito á lograrlo.

* * *

Dicen de aquel amor que hemos sentido
tú y yo en tiempos pasados,

dicen de aquel amor, amada mía,
que es un amor romántico;

yo digo que es la flor de primavera
que se abre sólo en Mayo,
yo digo que es la hermosa flor del alma
que se mustia después y cae en el fango.



XVI.

Como después de la estación nevada
viene en el año la estación florida,
tras el hastío y soledad pasada
renacerá mi alma á nueva vida.

Volveré á amar porque el amor precisa
al corazón que siente la belleza
volveré á mendigar una sonrisa
que suba, como el vino, á la cabeza.

Y al leer en mis versos reflejado
el nuevo sol de la pasión naciente,
cual copia el cielo azul tras del nublado
la campesina natural corriente,

acaso un labio femenil me llame
«perjuro como todos» é inconstante....
y acaso, acaso con verdad me ame
por vez primera desde aquel instante.



XVII.

En el mar de la vida en que flotamos
como barcas que van á la ventura,
yo intenté confundir nuestros esfuerzos
y las dos naves convertir en una.

En vano fue. Por singular estrella
abandonaste la trazada ruta
y, en tanto que mi barca te seguía,
tiró los remos y el timón la tuya.

Hoy flotamos aún sin rumbo fijo
y cada vez más lejos, pero escucha:
si entre el claro rugido de las olas
que á separarnos incansables pugnan

llega hasta tí el rumor de una voz vaga
que tu nombre dulcísimo pronuncia,
no el corazón endurecido ablandes
y al llamamiento enternecida acudas,

es que mi amor, de pié sobre mi barca,
cual moribundo al borde de la tumba,
sacrifica en tu altar por vez postrera
como al pié de una imagen de que duda.

Y cual altivo gladiador romano
exclama: *moriturus te saluta.*



XVIII.

Divina es la alegría sonriente,
divino es el dolor franco y severo,
el dolor que ya en llanto lastimero
ya en ira varonil rompe potente.

Mas tú, Melancolía nebulosa,
híbrido fruto de su unión nefanda,
no eres más que mujer de veneranda,
de celeste progenie; nunca diosa.

Tus brazos enervantes me has tendido
cual soñada sirena, y, entre ellos,
como una flor prendida á tus cabellos
acaso mi pensar quedó prendido,

pero libre otra vez vuela embriagado,
al soplo amigo de una nueva brisa ,
hacia el cielo sereno de la risa
ó al antro del dolor siempre enlutado.

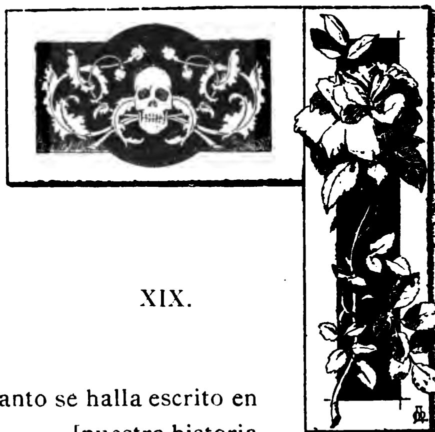
¡Reir, llorar! cual otros, de esa escuela
quiero aprender la ciencia alegre ó grave;
quiero que vuele por el mar mi nave
ó se hunda en lo profundo si no vuela;

quiero que el alma vigorosa y fuerte
se abra, como la flor, al sol risueño,
ó que se rasgue como seco leño
cuando el rayo le hiere de la suerte.

Vivir es agitarse en la desdicha
y sufrir y gritar como el blasfemo,
vivir es entonar, pegado al remo,
la dulce barcarola de la dicha,

vivir es todo: es llanto y alegría,
tal vez sólo rodar por el espacio,
mas vivir no es soñar triste y rehacio
en poder de fatal melancolía.





XIX.

De cuanto se halla escrito en
[nuestra historia
honda, muy hondamente en mi memoria,
levemente en la tuya de seguro,
una escéptica frase ni un momento
he podido borrar del pensamiento
por más que sin descanso lo procuro.

Con honda voz, cual de dolor interno,
—esa es la vida, un desengaño eterno—
un anciano nos dijo cierto día,
y hoy, del amor y la ilusión distante,
pienso que fué verdad lo que en mi amante
ensueño juvenil juzgué ironía.

Lo tengo ya aprendido: en la existencia
es, no la paz, el combatir, la esencia;
cobarde el que las armas abandone;
el mundo es vasto circo en que luchamos,
¿no basta al fin, si la victoria hallamos,
que el lauro y no la dicha nos corone?

Después de todo, en esa lucha fiera
acaso la verdad más verdadera
es esa lucha misma, sin entrañas,
lo demás.... ¿quién lo sabe fijamente?
¿es realidad? ¿es sueño de la mente?
¡amor, dicha! tal vez viejas patrañas.

Sólo en luchar está el placer seguro,
el placer de los fuertes, grande y puro,
baldón á aquel que le creyó tortura;
si el conquistar la suspirada palma
ensangrienta tal vez, placer da al alma
y alguien ha puesto en él acre dulzura.



Varias de las composiciones incluídas en el presente volumen están entresacadas de otro del mismo autor, publicado en Barcelona, en 1882, con el título de *Adolescencia*, el cual se halla hoy agotado y no ha de volver á reimprimirse. Siguiendo el consejo de personas que son para mí autoridad en la materia, he escogido de dicho tomo lo que me ha parecido menos malo, y con variantes ó sin ellas, y aun algunas veces transformando por completo el texto, vuelvo á publicarlo hoy, principalmente porque casi todo son preludios de un poema de amor que queda aquí completo. Tal origen tienen todas las composiciones de la serie titulada *Las primicias*, que llevan al pie la fecha de 1882, aparte de alguna otra que no lleva fecha, y la titulada *Esbozos*, incluída por excepción y con modificaciones en la serie *Líneas é ideas*.

ÍNDICE.

ÍNDICE.

AMOR.

I.

LAS PRIMICIAS.

II.

ESTELAS.



En la página 178, donde dice: *ó mirarla ó no más,* léase *o mirarla no más.*


3 2044 048 086 060